



Descarga gratis éste y otros libros en formato digital en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

Cuidado de la edición: Alicia Rodríguez.

Diseño de interiores y portada: Daniela Campero.

@BRIGADACULTURAL

Esta publicación es de Para Leer en Libertad AC.

Es de distribución gratuita.

Armando Bartra

Derrotas que hacen historia

La Comuna de París

Los 72 días de insurgencia popular que conocemos como la Comuna de París, fueron una experiencia desnuda. Una pasión colectiva y multitudinaria de aquellas que a la postre cambian la historia no porque transformen de modo duradero el orden social tangible sino porque desajustan las conciencias. Pródiga en aprendizajes políticos prácticos, la proverbial Comuna puede verse también como un estallido de política pura, un evento en el que se dirime mucho más que el destino inmediato del pueblo francés.

Uno y múltiple, el acontecimiento parisino de 1871 fue vivido e interpretado de diferentes maneras por los variados participantes directos o indirectos. Y es en esta pluralidad de voces que la nombran y tratan de explicarla donde hay que buscar sus sentidos profundos. Carlos Marx, Mijail Bakunin, Oliverio Lissagaray, Eugene Varlin, Jules Vallès, Louise Michel, Arthur Arnould, Víctor Hugo, Arthur Rimbaud... hablarán aquí de cómo la vivieron y de alguno sabremos también cómo la murió.

No es mi pretensión aportar interpretaciones originales a la copiosa historiografía sobre lo sucedido a principios de 1871 en la capital francesa, sino algo mucho más modesto: emplearlo como ejemplo de experiencia desnuda.

Pero ¿por qué abordar precisamente la Comuna? Breves en el tiempo y acotados en espacio, los sucesos parisinos de 1871 ocurren solamente en esa ciudad y duran poco más de

dos meses. Conforman, así, una suerte de paquete histórico: un acontecimiento apretado y compacto; no una novela sino un cuento, no una sinfonía sino una sonata, no una dilatada epopeya sino una tragedia griega: reto al destino desplegado con unidad de tiempo, de espacio y de acción como lo prescribía Aristóteles. Experiencia liminar, idónea para mostrar de bulto lo que son los acontecimientos que hacen historia.

Me ocuparé primero de los *hechos*, mediante una narración lineal de corte historiográfico. A continuación abordaré los *conceptos*: las diversas y confrontadas interpretaciones cuyo debate se incorporó al disputado imaginario colectivo de la modernidad. Pasaré después a las *vivencias*, tal como las rememoran los protagonistas en relatos que giran en torno a momentos fractales. Terminaré destacando el papel de la insurgencia parisina en la *trasfiguración* en poeta y vidente del joven Rimbaud.

Hechos, conceptos, vivencias y mudanzas espirituales que pude desarrollar entreverados en un relato unitario pero que, desagregados como los presento, exponen mejor las diferentes facetas del acontecimiento.

Los hechos

París era una “enorme ratonera de hierro”, dice Pierre Gas-car. Y encerrados en esa jaula urbana y fabril, sumidos en la oscuridad del mundo, los escarnecidos obreros, artesanos, empleados, estudiantes, pequeños comerciantes y mujeres trabajadoras parisinos necesitaban vitalmente un estallido, una iluminación. Pero los disparadores de la insurrección fueron también la circunstancia política y el escenario internacional: un gobierno represivo hacia adentro y claudicante hacia afuera; una monarquía que le cerraba la puerta a la República y se la abría al invasor prusiano.

Desde mediados del siglo XIX un pesado manto de frustración se cernía sobre los franceses y en especial sobre los capitalinos. La gran ilusión democrática de 1848 se había deshilachado y las promesas asociadas a la modernización emprendida desde 1852 por el Segundo Imperio, nunca se cumplieron.

El desaliento obrero se originaba, sobre todo, en la enorme distancia existente entre los dichos de Luis Blanc, los fourrieristas y los saint-simonianos, que habían prometido dignificar el trabajo humanizando el industrialismo, y la asfixiante opresión fabril que realmente se vivía. “Un sistema que tiende a remachar al obrero en el taller”, escribía Corbon en *El secreto del pueblo de París*; “Feudalismo mercantil”, le llamaba Georges Duchêne, en *El imperio Industrial*. La modernidad, de que fueran heraldos la Ilustración, el industrialismo y la revolución de 1897, mostraba precozmente su lado oscuro.

Nuestros progresos se vuelven contra nosotros —escribía Renouvier— La propia enormidad de nuestra obra nos deprime y nos desanima a medida que la vamos levantando [...] La industria que ayer creamos se ha convertido hoy en [...] nuestra fatalidad¹.

Sin embargo, aunque aparentemente desactivados, los valores, sentimientos e ideas forjados dos o tres décadas antes, al calor de la insurrección de 1848, se habían incorporado al imaginario colectivo de los trabajadores. De la silenciosa labor de rememoración-asimilación-socialización de tan proverbial experiencia pura, habla el obrero tallista, Tolain, en una carta publicada en *L'Opinion Nationale*, publicada en 1862:

¹ Citado en Albert Ollivier, *La Comuna*, Alianza editorial, Madrid, 1967, p 25.

Durante estos años de silencio [...] que sucedieron a los tumultuosos acontecimientos en la plaza pública, se fue realizando un lento trabajo de asimilación [...]

Las ideas no se desarrollaban ruidosamente hacia el exterior, pero no por ello estaban muertas. Los espíritus trituraban las teorías [...] Poco a poco. Trabajo sordo ignorado por quienes no estuviesen ligados a la vida íntima del obrero².

Esto entre los proletarios. En cuanto a los jóvenes estudiantes, su cabello largo e infaltables anteojos dramatizaban su inconformismo y un talante romántico que, alimentado por lecturas de Víctor Hugo y Louis Blanqui, los hacía proclives al voluntarismo y el vanguardismo.

En cuanto al París que Arthur Rimbaud llamara “úlceras malolientes” de “espléndida belleza”, por obra de las acciones urbanísticas de Haussmann estaba cobrando una organización abstracta y cartesiana que, al esterilizar progresivamente el espacio, clamaba por la irrupción civilizatoria de las barricadas, demandaba una revolución callejera.

La presencia obrera fue marginal en los alzamientos de 1848, pero en 1865 estallan huelgas en Denain y entre los metalúrgicos de De Lille, y cuatro años después se van al paro los mineros de la cuenca de Saint-Etienne, que son reprimidos por la tropa. El de 1870 es un año de intenso activismo proletario pues se movilizan los mineros del Loira y poco después paran los trabajadores de la fábrica Schneider que son replegados por el ejército, al tiempo que periódicos de oposición, como *La Lanterne*, son suprimidos.

Y a la creciente irritación social se suma la efervescencia política contra la Monarquía y a favor de la República. En enero de ese año doscientas mil personas, casi dos de cada

² Ibid, p 42.

diez parisinos adultos, salen a la calle en airada manifestación de protesta: “¡Viva la República! ¡Fuera Bonaparte!”, es el grito.

Sobre esto, la guerra. Exitoso en sus esfuerzos por unificar Alemania, el único obstáculo que tenía Bismark era la Francia de Napoleón III. Y Bonaparte le da la excusa que necesitaba, al declararle la guerra a Prusia, en julio de 1870, en un torpe intento de forzar la trastabillante unidad nacional gala fabricándose un enemigo externo. Pero su cálculo es equivocado y el ejército francés va de derrota en derrota. El colmo será la caída de Sedán donde se rinde el propio emperador y cien mil hombres entregan las armas.

Para el cuatro de septiembre París estalla: el pueblo ocupa el Palais Bourbon, donde sesiona la Asamblea Nacional, y proclama la República. Las calles se llenan de ciudadanos que cantan la Marsellesa, portan claveles rojos, se abrazan y beben interminables garrafas de vino.

Sin embargo el Gobierno de Defensa Nacional que eligen los muy tibios diputados de la Asamblea Nacional queda en manos primero del general Trochu, más tarde pasará a Vinoy y finalmente al muy conservador Adolphe Thiers, quien es nombrado en el monárquico Versalles, pues París lo repudia. El Gobierno de Defensa Nacional es en realidad de “traición nacional”, como escribiera Marx.

Y pronto el pueblo capitalino lo rebasa.

El 14 de septiembre de 1870 se integra en París el Comité Central, formado por los consejos de alcaldía de los veinte distritos de la capital. Su plan de acción inmediata es tomar el control de la policía y los servicios públicos, decretar la completa libertad de prensa, requisar y racionar los alimentos de primera necesidad, armar a los ciudadanos y organizar la elección municipal.

Otra instancia es la Guardia Nacional, cuerpo de ejército que llega a contar con 300 mil hombres y cuyos mandos locales son elegidos democráticamente, por lo que al radicalizarse París conforma una auténtica milicia revolucionaria.

Finalmente, están los proliferantes Comités, núcleos deliberantes y activistas integrados con base en afinidades políticas.

Desde el 31 de octubre en que el general Bazaine se había rendido en Metz, el Gobierno de Defensa Nacional pretendía negociar el fin de la guerra. Y las orientaciones de actores externos como el Buró Central de la Asociación Internacional de Trabajadores, radicado en Londres y dominado por Marx, también favorecían que Francia buscara un acuerdo con Bismark, pues estos últimos consideraban imposible hacer a la vez la guerra y la revolución republicana. En cambio las sociedades obreras, donde las ideas de Blanqui y Bakunin eran dominantes, lanzan un manifiesto en el que llaman a seguir luchando y proclaman que “el pueblo francés no hace la paz con un enemigo que ocupa su territorio”³.

Lo cierto es que para los republicanos radicales, la primera tarea ciudadana es resistir al ejército prusiano que ya sitia París. Escribe Víctor Hugo:

Que cada casa dé un soldado... que cada ciudad de un ejército... que los pueblos empuñen las hoces. Hemos de guerrear día y noche, llevar la guerra a las montañas, a las llanuras, a los bosques. No deis cuartel al enemigo. No le dejéis descansar ni reponerse... Hemos de librar una batalla terrible por la Francia⁴.

³ Ibid, p 129.

⁴ Citado en A. Efimov, I. Galkine, L. Zouboc y otros. *Historia moderna. De 1642 a 1918*, Editorial Grijalbo, México, 1964, p 252.

Y, sí. Además de la que integran los parisinos, se forman guardias populares en Lyon, en Marsella, en Narbona, en Toulouse, en el proletario Le Creusot...

Sin embargo, más prudente, el Comité Central parisino manifiesta que reconocerá los acuerdos preliminares de paz con los prusianos, pues el alzamiento de la ciudad es puramente municipal.

El 27 de enero de 1871 se firma el armisticio por el que Francia se compromete a dismantelar el ejército y pagar 200 millones de francos. Permanecen en manos de los prusianos 400 mil prisioneros de guerra y el invasor ocupa 43 de los departamentos franceses.

El primero de marzo las tropas de Bismark desfilan por las desoladas calles de París. Y es que, para prevenir una posible provocación, el Comité Central y la Guardia Nacional han aislado con barricadas los lugares por donde pasan los prusianos. “Alientos de revuelta volaban por el aire, pero la menor agresión hubiera servido de pretexto [...] Por unos instantes las banderas negras de las ventanas chasquearon en el aire... luego ya no hubo ni un soplo de vida”⁵, escribe Louise Michel.

Militarmente claudicante, Thiers es también socialmente insensible y cuando suspende la moratoria a los alquileres y al pago de deudas, así como el franco y medio diario que recibían los guardias nacionales, que en su mayoría eran obreros en paro y tenían en ese sueldo su único ingreso, el pueblo parisino se rebela abiertamente contra el nuevo gobierno. En menos de una semana son protestados cerca de 150 mil documentos que amparan deudas impagables.

Las condiciones para la proclama de la Comuna están dadas, pero hace falta un evento decisivo, una experiencia

⁵ Michel, op cit, p 77

desnuda que coloque definitivamente a los parisinos en la tesitura de constituirse en gobierno del pueblo. Y este acontecimiento trascendental ocurre la noche del 17 de marzo.

En la colina de Montmartre la Guardia Nacional tenía 227, cañones algunos tomados del ejército y otros comprados por suscripción popular. La noche del 17 de marzo de 1871 el gobierno de Thiers intenta apoderarse de ellos, para después apresar al Comité Central.

Cuando la gente se da cuenta se moviliza espontáneamente. Ascendiendo por Des Rosiers y con gritos de “¡Traición!”, hombres, mujeres y niños se abalanzan sobre los soldados del 88 regimiento de línea que trataban de llevarse los cañones. El general Lacompte, que los comanda, ordena hacer fuego. Pero un suboficial da contraorden: “¡Culatas al aire!”. Los soldados no disparan. Al contrario confraternizan. En ese momento Laconte es detenido por la Guardia Nacional y poco después la gente apresa también al general Clement Thomas, genocida de 1848. Los dos serán fusilados sin juicio.

El 18 de marzo, Thiers escapa a Versalles, mientras que el Comité Central coordina las acciones necesarias para gobernar París.

Por esos días los comunicados de los nuevos actores capitalinos constituidos a fines del año anterior, anticipan las proclamas que poco después emitirá la Comuna. El 19 de marzo declara el Comité Central:

El mandato de la Asamblea ha caducado. En cuanto a Francia, no pretendemos dictarle leyes —demasiado hemos sufrido bajo las suyas— pero no queremos quedar sometidos a sus plebiscitos rurales [...] Nosotros os decimos: la revolución está hecha, pero no somos unos usurpadores.⁶

⁶ Ollivier, op cit, p 161.

Por su parte Duval, a cargo de la Prefectura de la Policía, manifiesta:

Desde el 18 de marzo, París no tiene más Gobierno que el Gobierno del pueblo [...] París se ha convertido en una ciudad libre [...] París no tiene intención alguna de separarse de Francia [...] pero si de decirle en su calidad de hermana mayor: sostente a ti misma como me sostuve yo; oponte como yo me opuse...⁷

El martes 28 de marzo, más de 200 mil parisinos se arremolinan frente al Hôtel de Ville, engalanado con profusión de banderas rojas, se escuchan salvas de cañón, los manifestantes cantan solemnemente La Marsellesa.

El blanquista Ranvier toma la palabra: “En nombre del pueblo queda proclamada la Comuna”. En un cartel firmado por el Comité Central se lee: “Doscientos mil hombres libres han acudido a firmar su libertad y proclamar bajo el tronar del cañón, la institución nueva”⁸.

La Comuna: un colectivo de gobierno que para los leídos remitía a las rebeliones plebeyas de la edad Media y para todos a la Comuna de París que en 1792 destronó a Luis XVI. En cuanto al mando, desde el 26 de marzo se había elegido para el nuevo gobierno de la ciudad un Consejo de 90 miembros de los que a la postre 19, entre ellos un grupo de alcaldes moderados, desertan. De los restantes la mitad son obreros y el resto empleados, maestros, periodistas, médicos...

La huida de los funcionarios públicos y el sabotaje de los que se quedaron exige la formación de un nuevo gobierno. Y puestos a hacer los comuneros inventan un Estado inédito. El Consejo General de la Comuna se elige por sufragio universal, el mandato de sus miembros puede ser revocado

⁷ Ibid, p 163.

⁸ Ibid, p 175

y su pago corresponde al monto medio del salario obrero. El Consejo opera a través de diez comisiones que se ocupan del abasto, de las finanzas, de la seguridad... Pero también emite leyes, de modo que es a la vez poder ejecutivo y legislativo. Los obreros armados sustituyen a la vieja policía y cesan las funciones estatales de la iglesia: registro de nacimientos, bodas y muertes, que son asumidas por el gobierno.

Se decreta que la educación es obligatoria, gratuita y laica. Se crean guarderías. Se restablece la moratoria en el pago de alquileres. Se establece la jornada laboral de diez horas. Se asume la administración de las empresas abandonadas y se interviene a las restantes para controlar precios y evitar el desabasto.

Hay en el Consejo inexperiencia, torpeza y descoordinación, de modo que mucho de lo planeado no se realiza. Sin embargo entusiasmo e imaginación, hay de sobra.

Sensible a las ancestrales demandas rurales, la Comuna imprime cien mil ejemplares de un manifiesto en el que se proclama: “Lo que París quiere es dar la tierra a los campesinos, los instrumentos de trabajo a los obreros y trabajo para todos”. Sin embargo la comunicación de los parisinos con el campo, en gran medida ocupado por los prusianos, es mala, y escasa la coordinación con las Comunas de Marsella y Narbona, que tras la caída de Lyon, Saint-Etienne, Le Creusot, Toulouse y Limoges, son las únicas que quedan de las siete que, además de la de París, se habían proclamado.

Entre tanto, en Versalles, el gobierno de Thiers se reestructura. Por una parte pone en pie un ejército y por otra, gracias al armisticio por el que —entre otras cosas— Francia cede Alsacia y Lorena, los prusianos liberan a los prisioneros franceses, les reintegran las armas y en la práctica respaldan la ofensiva reaccionaria contra la Comuna.

Desde el dos de abril, Thiers ordena el bombardeo de París, y durante las siguientes semanas los ataques se recrudecen. Puesta contra las cuerdas, la Comuna se endurece y dos semanas después, mientras que los habitantes del XI Distrito congregados en la Plaza Voltaire quemaban la guillotina, símbolo del terror y de la pena de muerte, el nuevo gobierno parisino firma el Decreto que permite ejecutar rehenes. Atribución que —es necesario decirlo— no se ejerció sino cinco semanas más tarde, cuando Versalles se negó a canjear los presos que retenía y la derrota de París era inminente.

En la misma línea, por 42 votos contra 27, el primero de mayo la Comuna cede la capacidad de decisión a un Comité de Salud Pública, lo que choca con su fundacional democratismo. Dice la minoría que se opuso: “La Comuna de París ha abandonado su poder en manos de una dictadura a la que ha dado el nombre de Salud Pública”⁹.

El 21 de mayo, mientras los alemanes acantonados en los fuertes del Norte y del Este observan complacidos la escena, las reagrupadas fuerzas de Thiers se lanzan sobre París. Los comuneros resisten barrio por barrio, calle por calle, casa por casa... pero si no por número sí por armamento y disciplina, los soldados profesionales de Versalles tienen ventaja. Para el 27 la Comuna ha caído. Los parisinos pagan cara su osadía: treinta mil fusilados, cuarenta mil encarcelados, ocho mil deportados...

*

A principios de la década de los ochenta, cuando gracias a una ley de amnistía los últimos trasterrados a resultas de la derrota de la Comuna van regresando a Francia, París comienza a planear el monumento al hierro y a la industria

⁹ Ibid, p 233.

que será la Torre Eiffel. Celebración de un orden fabril al que diez años antes habían desafiado sus galeotes asalariados.

Pensar La comuna

La Comuna de París dejó numerosos aprendizajes políticos, pero provocó, también, sacudimientos intelectuales profundos que descuadraron las ideas anteriores acerca del Estado, la sociedad, la historia... Sobre el alucinante acontecimiento escribe Walter Benjamin en su libro inconcluso acerca de París y Baudelaire: “Con la Comuna se destruye esa apariencia ilusoria según la cual sería tarea de la clase obrera completar la obra de 1789 de la mano de la burguesía”¹⁰, es decir la idea evolucionista de que es necesario agotar las transformaciones burguesas antes de iniciar las proletarias. Se cimbran igualmente las ideas prevalecientes acerca de la naturaleza del Estado libertario que debía sustituir al Estado opresor. Expuestos someramente los hechos, vayamos a las lecturas que de ellos se hicieron.

*

En un primer vistazo general a la Comuna, Pierre Gascar destaca su condición de experiencia inédita, creativa, liberadora...

Las condiciones sociales [...] explican esta insurrección, pero su espontaneidad no deja de sorprendernos, de la misma manera que nos sorprende esa forma de segundo estado en que parecen hallarse todos los que tomaron parte activa [...] La Comuna, sin perder nada de su significado político,

¹⁰ Benjamin, Walter *El París de Baudelaire*, Trad. Mariana Dinópulos, Ed. Eterna Cadencia, Buenos Aires, 2012. p 61.

constituye una fiesta de la imaginación [...] Además de la esperanza que reporta el movimiento insurreccional [...], ofrece una liberación moral y física a toda la población de París¹¹.

Sin embargo no todo era espontaneidad. Aunque no dominantes, había ideologías y corrientes políticas en el variopinto activismo parisino. En el Consejo General de la Comuna, por ejemplo, fueron mayoría los seguidores de Auguste Blanqui, promotores de la acción directa; pero también estaban los jacobinos, que querían una Comuna de cobertura nacional como la de 1792, además de 17 militantes de la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT), minoría en la que coexistían los seguidores de Marx y los de Mijail Bakunin, heredero político del recientemente fallecido Pierre Joseph Proudhon.

Carbonario en 1824, impulsor de los alzamientos de 1848, Blanqui era un luchador y un teórico de larga trayectoria y sólido prestigio. “Blanqui y sus camaradas son los verdaderos jefes del partido proletario”¹², había escrito Marx en 1852. Partícipe destacado en las convulsiones que acompañan la caída de Imperio y la emergencia de la segunda República, Blanqui es pronto detenido y clausurado el periódico que publicaba: *La patrie en danger*; un influyente medio propagandístico donde se sostenía, entre otras cosas, la inutilidad de unos parlamentarios que han “aburrido, pervertido y devastado al país durante casi un siglo”¹³. Apreciación que más tarde hará suya la Comuna, al suprimir al legislativo como poder autónomo. Siguen a Blanqui, entre

¹¹ Pierre Gascar, *Rimbaud y la Comuna*. Cuadernos para el diálogo, Madrid, 1971, p 62, 63.

¹² Carlos Marx, “El 18 Brumario de Luis Bonaparte”, en Carlos Marx y Federico Engels, *Obras escogidas* T. I, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1951, p 230.

¹³ Citado en D. W. Brogan, *Francia 1870-1939*, Fondo de Cultura Económica, México, 1947, p 76.

otros, una parte de la juventud intelectual, asqueada de la vida superficial y proclive al voluntarismo revolucionario. Reacción juvenil a la que se referiría en uno de sus poemas Arthur Rimbaud, el mismo parte tanto de la frivolidad adolescente como del ulterior radicalismo.

Aun si encarcelado y silenciado Blanqui, sus ideas sobre la necesidad de una insurrección protagonizada por los obreros, que condujera a la toma del poder y a una dictadura proletaria, en un proceso conducido por un pequeño grupo revolucionario profesional de organización cuasi militar, eran compartidas por muchos activistas que, como él, sostenían que “la fuerza empleada por las minorías es el choque brutal necesario para marchar adelante, es la revolución”¹⁴. Y algunos pensaban que de no haber estado en la cárcel, Blanqui hubiera encabezado la Comuna.

Pese a que había muerto cinco años antes del estallido parisino, otro personaje influyente entre los comuneros fue Proudhon. En el activismo capitalino habían calado sus ideas acerca del mutualismo y la organización autogestionaria de la economía, pero sobre todo su antipatía por la política parlamentaria y el Estado centralizado. El autor de *La filosofía de la miseria* discrepaba de los absolutistas, para quienes el Estado es “un órgano de la sociedad”; de los doctrinarios, para los que es “un instrumento de orden”; y de los radicales, para los que es “un medio de revolución”¹⁵, a lo que el anarquista oponía una federación de comunas autónomas y horizontalmente coordinadas en torno a cuestiones productivas y distributivas.

Escribe Pierre Dominique que, ideológicamente, la Comuna se debate entre Blanqui y Proudhon; “un prisionero que desde el fondo de su calabozo ignora incluso su existencia y

¹⁴ Ollivier, op cit, p 64.

¹⁵ Ibid, p 46.

un muerto que se descompone en el fondo de su tumba”¹⁶. Pero el hecho es que el ideólogo que seguía vivo y pudiera haberla encabezado, no la encabezó. Y no sólo no la encabezó, sino que los comuneros hicieron de su gobierno la antítesis de lo que Blanquí proponía.

El Estado francés del Segundo Imperio combinaba el absolutismo con una administración burocrática corrupta, incompetente e hipercentralizada que suprimía todo margen federalista, haciendo de las comunas simples sucursales de la autoridad central. Una funcionarización autoritaria a la que desde los cuarenta se venía enfrentando un pensamiento descentralizador y federalista.

Es en este efervescente y convulso escenario ideológico que los comuneros despliegan su iniciativa. Y en una muestra de imaginación política, que no resulta tanto de ideas previas como de nuevas e inauditas experiencias en las que el mundo se les mostraba vuelto del revés, quienes habían padecido largamente el centralismo autoritario y ahora animaban la extrema y hasta caótica autogestión que se vivía en el París insurrecto, en cuanto tienen el mando no convocan a instaurar una dictadura del proletariado que se extendiera de la capital revolucionaria a toda Francia, como se hubiera esperado de la mayoría blanquista. Al contrario, llaman a que se alcen todas las comunas del país, a que creen libremente sus propios autogobiernos y a que se enlacen en una horizontal e igualitaria federación.

De esta manera, el ideólogo muerto se impone sobre el encarcelado, y el añejo concepto de Estado centralizado —que viene de Hobbes— comienza a ser cuestionado con base en un nuevo paradigma apenas vislumbrado pero promisorio: el de la autogestión social de base comunitaria. Aquí ya no como sistema local o regional, del que había antecedentes, sino como estructura nacional.

¹⁶ Citado en Ollivier, op cit, p 67

El debate en torno al Estado que suscitan las iniciativas de la Comuna, tuvo importantes repercusiones y acrecentó el distanciamiento entre Bakunin y Marx, propiciando la ulterior disolución de la primera AIT (Asociación Internacional de Trabajadores). Aún más relevante, sin embargo, es la naturalización en el marxismo de la discusión acerca del Estado posrevolucionario. Cuestión decisiva que, en la doctrina y en la práctica, se resolvió durante el siglo XX en un hiperestatismo burocrático, mientras que, en los tiempos de la Comuna, Marx había flexibilizado notablemente su anterior centralismo, asumiendo como propias posturas radicalmente federalistas, sostenidas entonces por los comuneros y habitualmente asociadas con el anarquismo.

Lo cierto es que Marx nunca desarrolló una teoría general del Estado que fuera más allá de sus juveniles críticas a la idea hegeliana de que en él se trascienden las diferencias y antagonismos de la sociedad civil. Planteo del autor de la *Fenomenología* que en su *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* y en los cuestionamientos a Bruno Bauer contenidos en el artículo *La cuestión judía*, ambos de los años cuarenta, Marx califica de mistificación idealista.

Esta insuficiencia marxiana generó intensos debates durante el siglo XX. Confrontaciones doctrinarias en las que no pretendo incursionar y de las que dan cuenta con solvencia François Châtelet y E. Pisier-Kouchner en el capítulo “El Estado partido”, de su libro *Las concepciones políticas de siglo XX*¹⁷. Aquí me ocuparé únicamente de un diferendo coyuntural sobre el Estado posrevolucionario, que después de 1871 quedó encapsulado en una mal leída polémica entre el proverbialmente certero Marx y el siempre equivocado Bakunin. Lectura que, como veremos, no corresponde a la realidad.

¹⁷ François Châtelet y E. Pisier-Kouchner, *Las concepciones políticas del siglo XX*, EspasaUniversidad, Madrid, 1986.

El innovador diseño estatal de la Comuna se difunde por primera vez en un manifiesto del Consejo publicado el 19 de abril, redactado por Vallès, Delescluze y otros, con base en las ideas formuladas antes por el proudhoniano Pierre Denis en el periódico *Le Crí du Peuple*.

París trabaja y sufre por toda Francia, cuya regeneración intelectual, moral, administrativa y económica prepara con sus combates y sacrificios. La revolución comunal comenzada por la iniciativa popular del 18 de marzo, inaugura una nueva era [...]

¿Qué pide París? El reconocimiento y la consolidación de la República. La autonomía absoluta de la Comuna, extendida a todas las localidades de Francia [...] a condición de que vuelva a encontrar en la gran administración central delegación de las comunas federadas, la realización y la práctica de los mismos principios [...]

La unidad, tal como nos ha sido impuesta hasta hoy por el Imperio, por la monarquía y por el parlamentarismo, no es más que la centralización despótica [...] La unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales¹⁸.

A toro pasado, en el Prólogo de 1891 a la *Guerra civil en Francia*, de Marx, Federico Engels aplaude el abandono comunero de las propuestas centralistas de Blanqui y la sorpresiva adopción de las federalistas, con argumentos e ironías que debieran inquietar a los leninistas que todavía quedan.

No fue mejor [que la de los proudhonianos] la suerte de los blanquistas. Educados en la escuela de la conspiración y mantenidos en cohesión por la rígida disciplina que esta

¹⁸ Citado en H. P. O. Lissagaray. *Historia de la Comuna de 1871*, Artiach editorial, Madrid, 1970, p 237, 238

escuela supone, los blanquistas partían de la idea de que un grupo relativamente pequeño de hombres decididos y bien organizados estaría en condiciones, no sólo de adueñarse en un momento favorable del timón del estado, sino [...] de sostenerse hasta lograr arrastrar a la revolución a las masas del pueblo y congregarlas en torno a un puñado de caudillos. Esto llevaba consigo, sobre todo, la más rígida y dictatorial centralización de todos los poderes en manos del nuevo gobierno revolucionario ¿Y qué hizo la Comuna, compuesta en su mayoría por blanquistas? En todas las proclamas dirigidas a los franceses de las provincias, la Comuna les invitaba a crear una federación libre de todas las comunas de Francia con París, una organización nacional que, por vez primera iba a ser creada realmente por la misma nación¹⁹.

Desquiciadas sus nociones previas por obra de experiencias autogestionarias inéditas, los mayoritarios seguidores de Blanqui no apelan al blanquismo sino que recurren a la imaginación. Lo que ellos y los demás comuneros inventan entonces, tenía antecedentes, entre otros la gestión revolucionaria del gobierno municipal de París que en 1792 y por unos meses extendió su mando a la Asamblea Nacional y a toda Francia. Pero la Comuna de 1871 es algo nuevo y fulgurante, no tanto por sus logros tangibles —que fueron magros y efímeros— como por su espíritu iconoclasta; por el aire de radical innovación que ahí se respiraba.

Y, como de costumbre, la fugaz experiencia desnuda de unos miles de parisinos fue recordada, narrada, interpretada y transformada en conceptos, valores, preceptos...

Uno de los primeros y penetrantes procesamientos sociopolíticos de la Comuna de París fue el que hizo Marx en nom-

¹⁹ Federico Engels. “Introducción”, en Carlos Marx, *La guerra civil en Francia*, Editorial Progreso, Moscú, sf, p 14.

bre de la AIT. En el *Manifiesto del Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores sobre la guerra civil en Francia en 1871*, emitido en Londres el 30 de mayo de ese año, se lee: “Pero la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines [...] La Comuna viene a destruir el poder estatal moderno”²⁰.

Y a continuación Marx, y con él la Internacional, retoman uno de los planteamientos básicos de los parisinos insurrectos, *casi* en los mismos términos empleados por el manifiesto de la Comuna antes citado. Dice el manifiesto de la AIT, redactado por Marx: “La Comuna de París habrá de servir de modelo a todos los otros grandes centros industriales de Francia”. Digo *casi* en los mismos términos, porque los comuneros habían hablado de crear y federar gobiernos autogestionarios en “todas” las provincias francesas, mientras Marx y la Internacional se refieren solamente a los centros “grandes” e “industriales”, que eran una pequeña minoría de las provincias galas, en su mayoría rurales y campesinas.

La diferencia no es menor. En su *Historia de la Comuna de 1871*, Lissagaray expone lo que él y otros pensaban sobre el tema, y que Marx y la Internacional suscribieron en su comunicado de 30 de marzo. “Débil, desorganizada, amarrada por mil ataduras, la población de los campos no podía ser libertada por nadie más que por las ciudades, y éstas, a su vez, de modo alguno podían pasarse sin París.” Y sostiene que, cuando en su Manifiesto el gobierno parisino planteaba que ‘la unidad política, tal como la quiere París, es la asociación voluntaria de todas las iniciativas locales’, la Comuna daba muestras de no saber nada en lo que se refería a las provincias. ‘Esto es la oración fúnebre del jacobinismo,

²⁰ Carlos Marx. *La guerra civil en Francia*, Editorial progreso, Moscú, s.f. p 50.

pronunciada por uno de sus jefes, exclamó Rastoul. Era más que eso: era la oración fúnebre de los débiles²¹.

Argumentación lapidaria de Lissagaray, que asume de todo a todo el acendrado urbano centrismo del moderno pensamiento occidental —en este caso parisino y obrerista— a contrapelo de la sorpresiva vocación descentralizadora de que había dado muestras la mayoría de los comuneros y que quedó plasmada en el Manifiesto en cuestión. Mismo centralismo urbano-proletario que exhiben Marx y la Internacional al rectificar en este punto el llamado de la Comuna y circunscribirlo a “los grandes centros industriales”.

Y en el caso francés, el peso del urbano-centrismo era enorme. París no sólo era la capital; simbólicamente en la gran ciudad residía el cerebro, el corazón y la voluntad de Francia. En 1867, en la *Introducción a una guía de París para la Exposición Internacional*, Víctor Hugo había escrito: “París toma su camino solo y Francia le sigue, tiene que seguirle contra su voluntad [...] París decreta un acontecimiento. Francia [...] obedece”²². Civilizado, culto, liberal, republicano, ateo... París contrastaba con la Francia campesina; con los llamados “rurales” proverbialmente bárbaros, ignorantes, fanáticos, monárquicos y clericales.

Es verdad que el agro, representado por sus hidalgos y sus curas, estaba detrás del ala derecha dominante en la Asamblea Nacional que había elegido a Thiers. Pero la realidad no era tan monolítica, y el hecho es que al Versalles anti-comunero no le resultó fácil movilizar a la provincia conservadora contra el París rojo. En parte porque amplias regiones del país estaban ocupadas por los prusianos, pero también porque si bien había áreas rurales fervientemente religiosas y reaccionarias como la Vendée, el macizo central, los Pirineos, la Bretaña occidental... otros territorios

²¹ Lissagaray, op cit, p 238.

²² Citado en Brogan, op cit, p 74.

campesinos como la gran llanura de la cuenca parisina, Languedoc, Chante y Limousin eran más bien liberales. Era igualmente revolucionario el Mediodía francés y, como se dijo más arriba, fuera de París hubo acciones rebeldes importantes en Lyon, Marsella, Le Creusot, Toulouse, Saint-Étienne, Limoges y Narbona²³.

Pero el hecho es que, para la mayoría de los parisinos progresistas, las acciones de Thiers y Versalles eran expresión de la ruralidad reaccionaria. Así lo veía Blanqui: “Los ignorantes y brutales campesinos católicos, encabezados por los hidalgos rurales, estaban atacando la ciudad sagrada de la ilustración y el progreso”. Hasta que París y las otras grandes ciudades hubiesen completado “la ‘parisificación’ de toda Francia”, escribió el líder, no estaría justificada “la voluntaria abdicación de París en favor de sus hijos, llegados a la mayoría de edad”²⁴.

Por todo ello, el llamado de los comuneros parisinos a terminar con la “centralización despótica” y a la “asociación voluntaria de todas las iniciativas locales”, resulta aberrante para Lissagaray, para quien “la población de los campos no podía ser liberada por nadie más que por las ciudades, y éstas, a su vez, de modo alguno podían pasarse sin París”.

Quizá Lissagaray, Blanqui, Marx y la AIT tenían razón. Quizá las comunas rurales no podían liberarse al modo parisino, pues de hecho no lo hicieron. Aunque tampoco se consolidaron los intentos en el mismo sentido emprendidos por los “grandes centros industriales”. Más aun, para el 30 de mayo en que se publica el Manifiesto de la Internacional, la propia Comuna capitalina había caído.

²³ Ver Guy Palmade. *La época de la burguesía. Historia universal siglo XXI, Siglo XXI, México*, 1983, p 83 y 187.

²⁴ Citado en Brogan, op cit, p 84.

De modo que lo que aquí está a debate no es tanto la táctica y la estrategia coyunturales del movimiento, como los paradigmas implícitos: el de los comuneros parisinos que contemplaba la multiplicación y asociación voluntaria y horizontal de los autogobiernos de todas las provincias y el de los ideólogos obreristas que destacaba la necesaria centralidad proletaria, industrial y urbana que podemos resumir en la fórmula: “sólo las ciudades pueden liberar al campo”.

Y la discusión que entonces inicia no es gratuita, porque el enfoque centralizador, el énfasis en los espacios urbanos y en la clase obrera, el vanguardismo blanquista y la dictadura proletaria devendrán canónicos con la vía leninista que —pese a la corta primavera de los *soviets*— es la que finalmente consagra la revolución Rusa de 1917. Mientras que el comunalismo, la justa ponderación del espíritu libertario de los campesinos, la descentralización y la horizontalidad como propuestas políticas serán patrimonio de una corriente revolucionaria marginal durante el siglo XX como lo fue el anarquismo.

Pero lo que aquí me importa destacar es que en 1871, en caliente y pese a su desconfianza en la Francia profunda —quizá fundada en cuanto a las tendencias coyunturales que se presentaban entre los labriegos— Marx se compra *casi* completo el autonomismo de la Comuna parisina. Dice el mencionado Manifiesto:

El antiguo gobierno centralizado tendrá que dejar paso también en provincias al gobierno de los productores por los productores [...] que en los distritos rurales el ejército permanente habría de ser reemplazado por una milicia popular [que la solución de los] asuntos colectivos [sería] por medio de asambleas de delegados.²⁵

²⁵ Marx. *La guerra civil...* op cit, p 54.

De hecho ya en 1852, con motivo del golpe de Estado que disuelve la República francesa y proclama emperador a Luis Bonaparte, Marx había escrito que en el proceso emancipador, el Estado burgués no puede ser tomado sino que ha de ser destruido. Así lo recuerda en una carta a Kugelmann de abril de 1871:

En el último capítulo de *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* señalo, como verás si lo relees, que la próxima tentativa de la revolución en Francia deberá señalarse como objetivo la destrucción del aparato burocrático militar, y no sólo como ha sucedido hasta ahora, hacer que pase de unas manos a otras [...] y esto es lo que han intentado nuestros heroicos camaradas de París.²⁶

Efectivamente en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* se lee: “Todas las revoluciones perfeccionaban esta máquina en vez de destrozarla. Los partidos que luchaban alternativamente por la dominación consideraban la toma de posesión de este inmenso edificio del Estado como el botín principal de vencedor”²⁷. Y en párrafos anteriores se había referido a la necesidad de dismantelar el poder parlamentario y el del ejecutivo; dichos visionarios que constituyen una meritoria anticipación a lo que por su cuenta e iniciativa hicieron los comuneros en 1871, y que Marx aplaudirá.

Sin embargo, no hay nada en estos escritos de Marx sobre otra de las cosas importantes que hubieran querido lograr los “heroicos camaradas de París”: la edificación de un “gobierno descentralizado” basado en la asociación voluntaria de todas las comunas. Es más, poco después de los párrafos citados de *El 18 Brumario...*, su autor señala que la destrucción del Estado centralizado burgués es necesaria

²⁶ Karl Marx. *Cartas a Kugelmann*, Ediciones Península, Barcelona, 1974, p 128.

²⁷ Carlos Marx. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Editorial Progreso, Moscú, s.f. p 99.

para construir otro Estado centralizado, pues así lo demanda el mundo actual: “*La centralización del Estado que la sociedad moderna necesita*, sólo se levanta sobre las ruinas de la máquina burocrático militar de gobierno, forjada por oposición al feudalismo”²⁸.

Marx, como los anarquistas, como ciertos socialistas utópicos y como los románticos que idealizaban la comuna medieval, había denunciado el carácter esencialmente autoritario de los estados burgueses y con él la inconsistencia del paradigma político liberal. Pero la emergencia de lo que se convertirá en un nuevo paradigma sólo es vislumbrada por los ácratas y resulta de una experiencia práctica colectiva fugaz pero iluminadora que más tarde otros reconstruirán intelectualmente y transformarán en conceptos.

Hijo de campesinos, de profesión encuadernador y militante de la Internacional, Eugène Varlin es un proudhoniano crítico que no absolutiza, como aquel, el apoliticismo y la autogestión cooperativa, pero sí es enemigo de los centralismos: “Salir de las masas para volver a las masas”, es su consigna. Una semana antes del estallido del 18 de marzo escribe Varlin en *La Marseillaise* un texto que puede leerse como testimonio del estado de ánimo de los activistas parisinos y anticipación de lo que ocurrirá días después:

Los estados políticos no han sido más que la continuación del régimen de conquistas que preside el establecimiento de la autoridad y servilidad de las masas [...] En definitiva, la revolución próxima no debe quedarse simplemente en un cambio de etiqueta gubernamental, o en reformas de detalle; deberá emancipar radicalmente a los trabajadores de toda explotación capitalista o política, y establecer la justicia en las relaciones sociales [...] A no ser que queramos volver a llegar a un Estado centralizador y autoritario, el cual nombraría a los directores de fábrica, de manufactura,

²⁸ Ibid, p 107 (Las cursivas son mías).

de los departamentos de distribución [...] y finalizar así en una organización jerárquica, de arriba abajo, del trabajo, en la cual el trabajador no sería más que un engranaje²⁹.

¿Centralizar o descentralizar? Tengo claro que la concentración del poder económico que resulta de la operación capitalista del mercado, sólo se puede contrarrestar y quizá erradicar a través, entre otras cosas, de un Estado enérgico y fuerte. De modo que cierta centralidad es indispensable, tanto en el curso mismo de la emancipación política como en la construcción y gestión de una nueva sociedad. El problema radica en que tal centralización —quizá transitoriamente insoslayable— es presentada por algunos como una necesidad histórica evidente e indiscutible, “algo que la sociedad moderna necesita”, como escribe Marx. Mientras que su contraparte, la aún más necesaria descentralización democrática, sin la cual centralización estatal equivale a dictadura burocrática, ha sido y es una asignatura pendiente en las corrientes dominantes del pensamiento de izquierda y más aún en los socialismos realmente existentes del siglo XX.

Marx anticipó que la revolución no podía limitarse a tomar el gobierno, tenía que dismantelar el Estado anterior y crear otro... igualmente centralizado, y en la *Crítica del Programa de Gotha*, formulada en 1875, cuatro años después de la Comuna de París, escribe que en la transición entre capitalismo y comunismo “el Estado no puede ser otro que la dictadura revolucionaria del proletariado”³⁰. Medio siglo más tarde, la revolución rusa —ciertamente cercada por los imperialismos europeos, acosada por los restauradores internos y desquiciada por el hambre— tuvo que imponer la “dictadura del proletariado” para derrotar a la reacción in-

²⁹ E. Varlin, *Práctica militante y escritos de un obrero comunero*, Zero ZYX, Madrid 1977, p 87, 88.

³⁰ Carlos Marx. *Crítica del Programa de Gotha*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, s. f. p 30.

terna, al “atraso campesino” y al presuntamente balcanizador “autonomismo” de las naciones colonizadas. El resultado fue la instauración de un vertical y centralizado autoritarismo burocrático.

No está de más recordar, sin embargo, que en algunas revoluciones de base campesina del siglo XX, las formaciones estatales autogestionarias tipo comuna aparecieron en el curso de la insurrección y al irse liberando ciertas regiones. Aunque después, en la medida en que se iban conformando los nuevos gobiernos centrales, estos hayan procedido a dismantelarlas con buenos o malos modos. Tal es el caso de la llamada comuna de Morelos, en la revolución mexicana de 1910; de la comuna ucraniana, en la revolución rusa de 1917; de la comuna de León, en la revolución nicaragüense de 1979...

A contrapelo del vanguardismo y centralismo blanquistas, los comuneros parisinos imaginaron y trataron de edificar un orden democrático horizontal y autogestionario que, como proyecto no local o regional sino nacional, era inédito entonces y lo sigue siendo ahora. Es verdad que en las provincias avanzó poco y en París no se consolidó, pero como experiencia desnuda es una deslumbrante iluminación que se tradujo en conceptos y anticipaciones de futuro que por fortuna no hemos olvidado del todo.

Después de que se formularon, los preceptos del multicitado manifiesto de la Internacional redactado por Marx han sido marginalmente citados y poco o nada practicados por los socialismos realmente existentes. Recordémoslos:

Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente, y estas asambleas a su vez, enviarían diputados a la Asamblea Nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados

por el mandato imperativo de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho, falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el Poder del Estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria. Mientras que los órganos puramente represivos del viejo Poder estatal habían de ser amputados, sus funciones legítimas habían de ser arrancadas a una autoridad que usurpaba una posición preeminente sobre la sociedad misma, para restituirla a los servidores responsables de esta sociedad. En vez de decidir una vez cada tres o seis años qué miembros de la clase dominante han de representar y aplastar al pueblo en el parlamento, el sufragio universal habría de servir al pueblo, organizado en comunas, como el sufragio individual sirve a los patrones que buscan obreros y administradores para sus negocios.³¹

¡Órale! dirán al leer esto aquellos para los que marxismo y dictadura del proletariado siempre fueron sinónimos. Sin embargo la prefiguración efímera, pero a la postre paradigmática, de una federación de comunas autogestivas que debía sustituir al Estado centralizado, aunque vislumbrada por los anarquistas, se gestó en la propia experiencia de los parisinos insurrectos, obligados a inventar un nuevo gobierno cuando los funcionarios del anterior los saboteaban o desertaban para irse a Versalles.

Es justo reconocer, sin embargo, que abonaron el proyecto elementos doctrinarios provenientes del pensamiento ákra-

³¹ Marx, *La guerra civil...* op cit, p 54, 55.

ta. Corriente que, aun si minoritaria, era en ese momento más influyente que la de Marx entre los militantes franceses de la Internacional, de por sí marginales en el movimiento comunero.

Los socialistas, en la cabeza de los cuales se coloca naturalmente nuestro amigo Varlin, sólo formaban en la Comuna una ínfima minoría, eran a lo sumo catorce o quince miembros. El resto se componía de jacobinos francamente revolucionarios, los héroes, los últimos representantes sinceros de la fe democrática de 1793.³²

Mijail Bakunin era parte de la Internacional, en la que, sin embargo, chocaba recurrentemente con el Buró central de Londres donde imperaba Marx. Y es que el alemán había sido fiero antagonista de Proudhon, mientras que el ruso lo reconocía como su mentor, aun si discrepaba de su apolítico reformismo mutualista, en nombre de un más radical colectivismo antiautoritario.

Por esos años la Internacional tenía poca presencia en París, pero, a diferencia de Marx, que residía en Londres, Bakunin sí estuvo en Francia en los tiempos de la Comuna. El 14 de septiembre de 1870, proveniente de Suiza, el ácrata arriba a Lyon, la segunda ciudad gala, donde encuentra un ambiente prerrevolucionario semejante al que había vivido en 1849 en Dresde. Y Bakunin, un impetuoso y a veces atrabancado hombre de acción, se pone a la cabeza.

A la caída de Napoleón III se había formado en Lyon un Comité de Salvación Pública que por los días en que llega el ruso a la ciudad había sido sustituido por un Consejo Municipal electo. Y como la sección local de la Internacional no daba color, Bakunin impulsa la creación de un nuevo organismo llamado Comité para la Salvación de Francia.

³² Miguel Bakunin. *La libertad*. Editorial Grijalbo, México, 1972, p 75.

Llama poderosamente la atención que la Proclama del Comité, inspirada por Bakunin, anticipa algunas de las ideas antiestatistas, descentralizadoras y democráticas que *siete meses después* repetirán los multicitados manifiestos, primero el de la Comuna parisina y después el de la Internacional.

1. El aparato administrativo y gubernamental del Estado queda abolido toda vez que es impotente e inoperante. El pueblo francés asume por tanto la plena posesión de sus destinos.
2. Quedan en suspenso todos los tribunales civiles y criminales, siendo sustituidos por la justicia del pueblo.
3. Queda igualmente suspendido todo pago de contribuciones y de hipotecas que serán reemplazadas por las aportaciones de las comunas federadas.
4. Habiendo dejado de existir, el Estado no puede intervenir en el pago de las deudas privadas.
5. Quedan extintas todas las organizaciones municipales existentes siendo reemplazadas en todas las comunas federadas por Comités para la salvación de Francia, los cuales tendrán plenos poderes sujetos a la supervisión del pueblo.
6. Cada uno de los Comités existentes en las capitales de los Departamentos mandarán dos delegados a la Convención Revolucionaria para la Salvación de Francia.
7. La Convención se reunirá inmediatamente en el Ayuntamiento de Lyon por ser la segunda ciudad de Francia y ocupar una posición estratégica para la defensa del país.

Esta Convención apoyada por todo el pueblo, salvará a Francia.

¡A las armas!³³

³³ E.H. Carr, *Michael Bakunin*, Ediciones Grijalbo, Barcelona 1970, p 342.

En un texto posterior, titulado *De Proudhon y Marx a la Comuna*, Bakunin expone su visión del dismantelamiento del Estado centralista y la edificación del comunal. Planteamiento que vale la pena citar en extenso.

Si París se alza y triunfa, tendrá el derecho y el deber de proclamar la completa liquidación del Estado político, jurídico, financiero y administrativo [...] para que los trabajadores, reunidos en asociaciones y que se habrán apropiado de todos los instrumentos de trabajo, de toda clase de capitales y edificios, queden armados y organizados por calles y barrios. Formarán la federación revolucionaria de todos los barrios, la comuna directora. Y esta comuna tendrá la obligación de declarar que no se abroga el derecho de gobernar y organizar a Francia, sino que llama al pueblo de todas las comunas, tanto de Francia como de lo que hasta el momento

llaman extranjero, a seguir su ejemplo, a hacer cada una en su propia casa una revolución [...] radical [...] destructora del Estado [...] Invitará a estas comunas [...] tras haber hecho esa revolución, a venir a federarse con ella [...] o enviarán a sus delegados para hacer una organización común de los servicios y de las relaciones de producción y de intercambio, organización necesaria para establecer la carta de igualdad, base de toda libertad, carta absolutamente negadora [...] que precisa [...] lo que debe ser abolido inmediatamente, que no las formas positivas de la vida local que sólo pueden ser creadas por la práctica viva de cada localidad. Se organizará al mismo tiempo una defensa común contra los enemigos de la revolución así como de la propaganda [...] y de la solidaridad³⁴.

La propuesta puede parecer desmesurada, pero sin duda el momento exigía darle vuelo a la imaginación. Además de que, en algunos párrafos, el ácrata, con frecuencia acusado

³⁴ Bakunin. *La libertad*, op cit, p 73.

de excesivamente optimista y soñador, se modera y apela al realismo

Derribar el Estado y el monopolio financiero actuales, tal es el objetivo negativo de la revolución social. [Pero] la abolición del Estado no puede ser alcanzada de un solo golpe [...] No se trata de destruir de hoy a mañana todos los estados. Empezarlo o solamente soñarlo sería una locura. Nadie puede querer destruir sin tener como mínimo una imaginación lejana (verdadera o falsa) del orden de cosas que según él debería suceder al que hoy existe³⁵.

En el artículo que vengo citando, Bakunin polemiza con Marx, sin por ello desconocer los méritos del autor de *El capital* y en particular su insuperable crítica de la economía política. Severo diagnóstico del sistema de explotación y opresión que sin embargo el ácrata considera unilateral, pues piensa que al absolutizar la producción y circulación de la riqueza, el alemán subestima la relevancia y autonomía de lo político. También le cuestiona que no se percate de la importancia de la etnicidad, un signo de pertenencia definido no por la economía, como en el caso de las clases sociales, sino por el medio natural, la historia, la cultura... Pero, sobre todo, Bakunin insiste en que Marx y su cauda tienen una visión estatista del curso libertario: “Dicen que esa dictadurayugo estatal es un medio transitorio inevitable para llegar a la emancipación integral del pueblo; Estado o dictadura, es ese medio. Así, a fin emancipar a las masas trabajadoras es necesario ante todo encadenarlas”³⁶.

Y redondea su crítica con una estocada difícil de esquivar, pues destaca algo que el propio Marx había reconocido: que las iniciativas descentralizadoras de la Comuna habían enriquecido su pensamiento a cerca del Estado formuladas en *El 18 Brumario*.... Pero, no sin razón, Bakunin enfatiza que,

³⁵ Ibid, p 71, 72.

³⁶ Ibid, p 69.

en realidad, se trata de una rectificación de ciento ochenta grados, forzada por la contundencia de los hechos parisinos.

La Comuna de París [...] no por haber sido llevada a la masacre y ahogada en sangre [...] ha pasado a ser menos vivaz, menos potente en la imaginación y el corazón del proletariado de Europa; soy su partidario sobre todo porque ha sido una audaz y bien pronunciada negación del Estado [...] Su efecto ha sido tan formidable en todas partes que los propios marxistas han sido obligados a dar el sombrerazo ante ella. Han hecho más, en contra de la más simple lógica y de sus auténticos sentimientos, han proclamado que su programa y la finalidad de la Comuna eran los suyos. Ha sido un disfraz realmente cómico pero forzoso. Han tenido que hacerlo bajo pena de verse desbordados y abandonados³⁷.

Dice bien Bakunin. Entre la idea marxiana, expuesta en *El 18 Brumario*, de sustituir al Estado burgués por un Estado proletario, pero sin renunciar a la “centralización que la sociedad moderna necesita” —es decir transitar de la “dictadura de la burguesía” a la presuntamente provisional “dictadura del proletariado”, fórmula que seguirá reivindicando cuatro años después en la *Crítica al Programa de Gotha*—, y la tesis de que la Comuna y su “régimen de autonomía local” desplazaban un “poder Estatal que ahora era superfluo”, como plantean Marx y la Internacional en *La guerra civil en Francia*, texto escrito después de que los parisinos proclamaran una radical descentralización del gobierno, hay ciertamente “un sombrerazo”.

Drástica rectificación que no encontramos —porque no hace falta, pues en lo fundamental coinciden— entre las ideas anarquistas previas y posteriores al experimento francés. Aunque, en otra lectura, ésta temporal adopción por parte de los marxistas del “programa y la finalidad de la

³⁷ Ibid, p 74.

Comuna”, que les reprocha Bakunin, en realidad habla bien de ellos y de su capacidad de aprender de las grandes experiencias sociales.

El que —como le recuerda Marx a Kugelmann en sus cartas— la Comuna de París haya confirmado sus dichos acerca de la necesidad de destruir el Estado burgués y sustituirlo por otro proletario; o el que, como destaca Bakunin en *De Prudhon y Marx a la Comuna*, la experiencia parisina haya hecho suyas las ideas ácratas, al proponer una federación descentralizada de comunas y no una dictadura del proletariado, como la que hasta entonces imaginaban Blanqui y Marx, son en el fondo asuntos menores. Lo que en verdad importa es que la experiencia de 1871 incorporó a la siempre controversial sección política del imaginario colectivo, la idea de que un orden comunal de nuevo tipo es una deseable opción al hobbesiano Estado liberal. Y lo condeñable no es que Marx y los suyos hayan dado “el sombrerazo”, sino que posteriormente el marxismo haya regresado —en los dichos y los hechos— a un centralismo burocrático extremo disfrazado de dictadura del proletariado.

Vivir La comuna

Dice el antropólogo Clifford Geertz, que el arte de la escritura etnográfica no está en los conceptos ni en los datos sino en convencerlos de que quien escribe estuvo ahí. Y es precisamente su mayor o menor capacidad de evocación lo que distingue los textos que sobre los eventos parisinos de 1871 han escrito sus actores y testigos. Es en estas narraciones densas e incandescentes y no en las tersas y comparativamente frías disquisiciones interpretativas, donde debemos buscar la verdad de los acontecimientos, la verdad de la historia.

Y si las experiencias desnudas y las voces que de ellas provienen, son la historia ¿cómo hacerle honor? ¿cómo estar a su altura? Marx era un buen narrador, pero gran parte de la historiografía que se pretende marxista es árida, seca, sin capacidad evocadora. Y lo peor es que a sus autores no les preocupa. A quien sí inquietaba la cuestión de la elocuencia es a Benjamin: “Un problema central en el materialismo histórico: ¿de qué modo es posible unir una mayor captación plástica, con la realización del método marxista? La primera etapa será retomar para la historia el principio del montaje”³⁸. En esta sección trataré de seguir su consejo editando testimonios de primera mano.

*

Durante los meses de la insurrección popular francesa, Marx se encontraba en Londres y Bakunin estuvo un tiempo en Lyon pero no en París. Así pues, de la Comuna hablan de oídas. Una distancia física y vivencial que en el caso de Marx explica que junto con el reconocimiento de la creatividad política de los comuneros, subraye anti climáticamente que la revolución se desarrolló conforme estaba previsto y que lo ocurrido en París no fue ningún “milagro” sino un paso en la dirección a la que “tiende irremisiblemente la sociedad”, para lo que no se necesita un “ideal” sino la realización de “los elementos de la nueva sociedad que [la vieja] lleva en sus entrañas”³⁹.

Al respecto, en un libro sobre la Comuna publicado en 1939, Albert Ollivier señala, sugerentemente, que la visión prudhoniana de la historia era más receptiva que la de Marx a lo que estaba pasando en París, pues —en términos de

³⁸ Nota de Benjamin para el *Libro de los Pasajes*, citada en Susan Buck-Morss, *Walter Benjamin, escritor revolucionario*, La marca editora, Buenos Aires, 2014, p 125.

³⁹ Marx. *La lucha de clases...* op cit, p 58.

Benjamin— el primero pone el acento en la intensidad y el segundo en la duración.

Proudhon, apoyándose en el valor explosivo del acto, afirma los elementos de ruptura, de discontinuidad que contiene la revolución. [En cambio] Marx, tratando de localizar las fuerzas del cambio en situaciones determinadas por la evolución histórica, las independiza del hombre. El primero hace resaltar la importancia del instante, al margen del tiempo, el otro afirma el ineludible poder del tiempo⁴⁰.

Los resabios de determinismo autoconfirmatorio que encontramos en Marx contrastan con su reconocimiento de la “iniciativa histórica” de los parisinos. Un aval particularmente valioso si tenemos en cuenta que en su momento él, y con él la Internacional, trataron, sin éxito, de desalentar las acciones políticas decisivas de los insurrectos por considerarlas inoportunas o apresuradas. “Cualquier intento de derribar al nuevo gobierno en el trance actual, con el enemigo llamando casi a las puertas de París, sería una locura desesperada”, sostiene la Internacional en su manifiesto del 9 de septiembre. Y lo mismo argumenta en París Eugene Varlin, militante de la AIT: “Nuestra revolución la haremos cuando, desembarazados de la invasión, nos podamos lanzar revolucionariamente a construir los fundamentos de la sociedad igualitaria que queremos”⁴¹.

Pero la revolución se hizo en plena guerra. Y Marx —que se había opuesto— tuvo la generosidad de celebrarla:

¡Qué flexibilidad, qué iniciativa histórica, qué capacidad de sacrificio de los parisinos! Después de haber estado durante seis meses hambrientos y desorganizados, más bien por la traición que por el enemigo exterior, he aquí que se sublevaron frente a la amenaza de las bayonetas prusianas ¡Como

⁴⁰ Ollivier, op cit, p 52.

⁴¹ E. Varlin. *Práctica militante y escritos de un obrero comunero*, Zero, Madrid, 1977, p 139.

si el enemigo no estuviera a las puertas de París! ¡Como si no hubiera guerra entre Francia y Alemania! [...] Incluso sucumbiendo por los ataques [...] de la vieja sociedad, es la proeza más gloriosa de nuestro partido desde la insurgencia parisina de junio⁴².

El arriba citado Albert Ollivier, dice de este párrafo —con irónica mala leche— que “no está mal para un defensor del determinismo histórico”⁴³.

Y quienes realmente estuvieron ahí coinciden en evocar a la Comuna como un hecho inesperado, contingente, irreplicable... como un acontecimiento que rompe la continuidad y hace saltar el tiempo cronológico, como una experiencia desnuda.

Hipólito Próspero Oliverio Lissagaray es uno de esos protagonistas. Luchador contra el bonapartismo, fundador de *L’Avenir* y encarcelado repetidamente por su trabajo periodístico, Lissagaray se incorpora al ejército como Comisario de Guerra. Tras el armisticio marcha a París donde se suma a la Comuna y dirige periódicos como *L’Acción*. Participa en la defensa de la ciudad ante la ofensiva de los de Versalles, y a la derrota se refugia en Londres, donde escribe una de las mejores crónicas del 1871 francés.

Los acontecimientos que, a distancia, Marx considera históricamente pronosticables y de ninguna manera un inesperado “milagro”, para quien los vive de bulto son precisamente un milagro: “asombrosos”, “repentinos”, algo que nos deja “estupefactos”. Del modo en que se vivía en los primeros días la experiencia iniciada el 18 de marzo, escribe Lissagaray:

Los desesperados del último mes estaban radiantes de entusiasmo. La gente se abordaba sin conocerse, hermanada por

⁴² Marx. *Cartas a Kugelmann*, op cit, p 128.

⁴³ Ollivier, op cit, p 249.

la misma voluntad, por la misma fe, por el mismo amor [...] París respira como si saliese de las tinieblas o de un gran peligro [...] Las calles hierven de vida, de bullicio los cafés [...] El pueblo no está ya encolerizado, porque ya no tiene miedo [...] Un solo grito en el que se funde toda la vida de doscientos mil pechos responde: “¡Viva la Comuna!” Los quepís danzan en la punta de las bayonetas, las banderas azotan el aire. En las ventanas, en los tejados millares de manos agitan pañuelos [...] Los corazones saltan, en los ojos brillan lágrimas...⁴⁴.

“Ese resplandor hubiera iluminado a los ciegos —concluye Lissagaray— París era capaz de alumbrar un mundo nuevo...”⁴⁵. Y el periodista recurre al coloquialismo procaz, a la fórmula plebeya, al sostener que controlando “la Banca, el Registro, los Dominios y la Caja de Depósitos...” la Comuna “tenía a Versalles agarrado de los güevos”⁴⁶.

En el mismo tono se refiere al acontecimiento el Comité Central: “Hoy abría París por una página en blanco el libro de la historia”⁴⁷.

Otro testigo es Jules Vallès, activista desde los alzamientos parisinos de 1848, periodista y escritor recurrentemente encarcelado. Director de *Le Cri du Peuple* y en 1871 miembro del Consejo Central de la Comuna, el proudhoniano tiene muy buena pluma y en *El insurrecto*, describe con elocuencia y penetración sociológica el cortejo fúnebre del periodista Víctor Noir, director de *La Marseillaise* asesinado a la mala por un aristócrata.

Por todos lados, bien en pequeños grupos o en batallones como nosotros, París asciende hacia Neuilly. Caminamos al

⁴⁴ Lissagaray, *Historia de la comuna de 1871*, artiach editorial, Madrid, 1970, p 170-173.

⁴⁵ Ibidem

⁴⁶ Ibid, p 225.

⁴⁷ Citado en Lissagaray, op cit, p 173.

paso en grupos de cien y cogidos del brazo en grupos de cuatro. Son pedazos de ejército los que se buscan, son jirones de la República los que se pegan a la sangre del muerto. Es la bestia que Proudhon llama la hidra de la anarquía que saca sus mil cabezas [...] Si entráramos dentro de esta multitud encontraríamos los pertrechos de los artesanos, toda la chatarra de las cocinas: el cuchillo, la chaira, el taladro, la lima, los cubrecabezas de caucho...⁴⁸

Otro que estaba ahí es Yves Guyot, quién describe así el ánimo imperante:

Una muchedumbre en las avenidas, en los bulevares — mujeres, niños, hombres— , asombrada de sí misma, de su calma y su orden; los republicanos respirando a pleno pulmón y diciendo: `¡Por primera vez sentimos de verdad que vivimos en la República!⁴⁹

En Vallès, que como dije es miembro del Consejo Central, el carácter plebeyo del movimiento y de sus estructuras de gobierno no es un dicho a distancia sino una poderosa vivencia:

¿Dónde está el Consejo Central?

¿El Consejo...? Está esparcido en esta habitación. Uno escribe, el otro duerme; este charla, sentado a medias sobre una mesa; aquel contando una historia que hace reír a los demás remienda su revolver que tiene la boca del cañón partida...

No conozco a ninguno de ellos. Son los delegados de los batallones populares solamente en su barrio. Tuvieron éxito como oradores y como hombres de acción en las asambleas, a menudo tumultuosas, de donde salió la organización federal. Están en esta sala donde el Imperio en uniforme dorado y traje de gala, bailaba no hace demasiado tiempo.

⁴⁸ Citado en Varlin op cit, p 100.

⁴⁹ Citado en Brogan op cit, p 79.

Hay media docena de muchachos con zapatos toscos y quepís de plumilla de lana, vestidos con capote o guerrera, sin charretera ni dragona, bajo un techo de orlas adornadas con flores de lis, he ahí el gobierno...⁵⁰

No es que sean impertinentes las sesudas conceptualizaciones y los análisis de clase, pero a veces resultan redundantes ante la elocuencia de los testimonios.

Otro que estaba ahí es Arthur Arnould, viejo combatiente del 48, que redondea la idea de Vallès.

La tradición se rompió. Algo inesperado acababa de suceder en el mundo. Ni un solo miembro de las clases gobernantes estaba allí. Una revolución estalló sin estar representada ni por un abogado, ni por un diputado, ni por un periodista, ni por un general. En su lugar estaban un minero de Creusot, un obrero encuadernador, un cocinero... Un hecho tal al producirse en París revelaba una situación sin precedentes. En el libro de la historia se ha pasado una hoja y entramos en un nuevo capítulo⁵¹.

La ausencia o abandono de andamios teóricos y el desnudamiento de la experiencia que derivan de marchar por rumbos inéditos y abriendo brecha, es valorado positivamente por Benjamin sesenta años después:

La desgracia [...] es que no hay teoría de la revolución que les indique el camino. Pero por otro lado, esto mismo es la condición para la fuerza inmediata y para el entusiasmo con que emprenden la construcción de una nueva sociedad. Este entusiasmo [...] llega a su punto más alto en la Comuna⁵².

¿A quién le importa si lo que está ocurriendo ratifica o refutifica tal o cual teoría política? Mientras dura, la revolución

⁵⁰ Citado en Varlin op cit, p 158.

⁵¹ Citado en Ibid, p 159.

⁵² Benjamin. *El París...* op cit, p 62.

es una fiesta y reconocerlo es captar la auténtica consistencia de la historia.

La plaza de la Bastilla está jubilosa —escribe Lissagaray— animada por la feria del pan de especias [...] Los columpios se balancean, los torniquetes rechinan, los vendedores pregonan [...] los acróbatas lucen sus habilidades y prometen la mitad de los ingresos para los heridos [...] En el Circo Napoleón se apiñan cinco mil personas desde la pista hasta el techo. Un sinfín de banderolas invitan a los parisinos a agruparse por Departamentos [...] Un ciudadano pide la palabra, sube al tablado. La multitud aplaude a Millière: “¡La paz! Todos buscamos la paz. Pero ¿quién ha comenzado la guerra?... Thiers” [...] Cristo es condecorado con la banda comunalista. El órgano de la iglesia y la multitud rugen *La Marsellesa* [...] El pueblo ríe...⁵³

El pueblo ríe, el pueblo ríe, el pueblo ríe... Arthur Rimbaud, entonces un chavo de 17 años que había estado en París durante los agitados días previos a la instalación de la Comuna, describe primero un ominoso desfile militar del ejército de Thiers:

Solidísimos bribones [...] ¡Ojos alelados a la manera de una noche de estío, rojos y negros, tricolores, de acero punteado por estrellas de oro; semblantes deformes, plumizos, lívidos, incendiados; alocadas ronqueras! ¡El paso cruel de los oropeles! [...] Los envían a pavonearse en la ciudad, ridículamente ataviados de un lujo repugnante...

¡Oh el más violento Paraíso de la mueca rabiosa!⁵⁴

Para luego contrastarlo con el testimonio literario de una grotesca, carnavalesca, festiva manifestación popular muy semejante a las que reseña Lissagaray:

⁵³ Lissagaray, op cit, p 329, 335.

⁵⁴ A. Rimbaud. *Una temporada en el infierno y otros poemas*, Grupo editorial Tomo, México, 2003, p 56.

Sin comparación con vuestros faquires y demás bufonadas escénicas. En trajes improvisados con el sabor del mal sueño representan endechas, tragedias de malandrines y semi-dioses espirituales como nunca lo han sido la historia y las religiones. Chinos, hotentotes, cingáros, necios, hienas, Molocs, viejas demencias, demonios siniestros, mezclan giros populares, maternales, con las posturas y las ternuras bestiales. Interpretan piezas nuevas y canciones para “señoritas”. Maestros juglares transforman el lugar y las personas y emplean la comedia magnética. Llamean los ojos, la sangre canta, los huesos se ensanchan, las lágrimas y unos hili-llos rojos chorrean. Su burla o su terror duran un minuto, o meses enteros. Sólo yo tengo la clave de este desfile salvaje⁵⁵.

Vivencia de circo o carnaval que transmiten otros participantes. Uno de ellos: J.J. Weiss, describe así las reuniones en el blanquista Club des Halles: “Imaginen [...] la multitud que colma un circo donde los acróbatas ejecutan peligrosos saltos: tendrán entonces la impresión exacta que se experimenta al entrar al club revolucionario de Blanqui”⁵⁶.

*

El momento decisivo de la revolución de 1871 es la espontánea convergencia de los parisinos hacia Montmartre la noche del 17 de marzo en que los soldados de Thiers comandados por el general Lacompte tratan de secuestrar los cañones de la Guardia Nacional, unos requisados y otros comprados por suscripción popular. La experiencia desnuda multitudinaria que ahí se vive es un punto de ruptura; un quiebre en la historia, que cada uno de los participantes comparte con los demás a la vez que lo vive a su aire y de intransferible manera.

⁵⁵ Ibidem.

⁵⁶ Citado en Benjamin, *El París...* op cit, p 74.

Como casi todos los momentos cruciales de la historia, la movilización a Montmartre tiene un destacado protagonismo femenino. Son las mujeres de París las primeras en enfrentarse a los soldados. Su coraje es decisivo en el desenlace del evento. Escribe Vallès en *El insurrecto*:

Mujeres por todos lados. —¡Gran signo!— Cuando las mujeres se mezclan en la lucha, cuando el ama de casa empuja a su marido, cuando arranca la bandera negra que ondea sobre la marmita para enarbolarla por la calle, es que el sol sale sobre una ciudad en revolución⁵⁷.

Y las parisinas tenían organizaciones como la Unión de mujeres para la defensa de París animada por Elizabeth Dimitrieff y Nathali Le Mel, entre otras. Qué mejor, entonces, que recoger el testimonio de una mujer: Louise Michel, de profesión institutriz, de vocación poeta, periodista, siempre combatiente... Encarcelada por participar en una acción para hacerse de armas con que enfrentar a los austriacos, en algún momento viste el uniforme de la Guardia Nacional y participa en las batallas, es parte del Club de la Justicia de la Paz, de Montmartre, y la noche del 17 de marzo es de las primeras en marchar rumbo a la colina donde están los cañones. Louise asciende con su carabina disimulada bajo el abrigo y gritando “¡Traición! ¡Traición!”

Así lo cuenta ella misma:

Se formó una columna, todo el Comité de Vigilancia estaba ahí; al alba se oía el toque de arrebato; subíamos a paso de carga sabiendo que en la cima nos esperaba un ejército en formación de batalla. Pensábamos que íbamos a morir por la libertad.

Estábamos como separados del suelo. Con nosotros muertos París se habría levantado. Las muchedumbres en ciertos momentos son la vanguardia del océano humano.

⁵⁷ Citado en Varlin, op cit, p 100.

La colina estaba envuelta en una luz blanca, un alba espléndida...

De pronto vi a mi madre cerca de mí y sentí una espantosa angustia; había venido. Todas las mujeres estaban ahí, subidas al mismo tiempo que nosotros, no sé cómo⁵⁸.

¡Violencia divina! ¡Violencia pura! hubiera exclamado Benjamin. Una muchedumbre en éxtasis y casi flotante, dispuesta más que a matar a morir por una esperanza. La sorpresiva presencia de la madre de la narradora, que rompe por un segundo el nosotros —enervante y por ello tranquilizador— volviendo angustiosamente personal el inminente sacrificio. Aunque de inmediato nos diluimos otra vez en lo colectivo, pues la madre de Louise es una más de las mujeres del común que espontáneamente se han movilizado para interponerse entre los del Comité y las bayonetas.

Y de la experiencia extrema participan también los soldados de Thiers, que han tomado los cañones y esperan al pueblo con las armas dispuestas. Instante de definición que Michel, su madre, las mujeres, los comuneros de Comité y los soldados comparten con otros dos protagonistas personalizados: el general Lacompte y el teniente Verdaguere.

Y el desenlace es tan inusitado como alucinante la escena:

No era la muerte lo que nos esperaba en las colinas

[...] sino la sorpresa de una victoria popular.

Las mujeres se lanzan entre nosotros y el ejército, sobre los cañones, sobre las ametralladoras... Los soldados permanecen inmóviles.

Mientras que el general Lacompte manda abrir fuego sobre la muchedumbre, un suboficial saliendo de las filas se coloca delante de la compañía y grita más alto que Lacompte: “¡No disparen!”. Los soldados obedecen. Era Verdaguere,

⁵⁸ Michel, op cit, p 88.

quien por esta acción sería fusilado en Versalles meses más tarde.

La revolución estaba hecha⁵⁹.

”La revolución estaba hecha”, concluye sin aspavientos Michel, subrayando no un triunfo militar sobre el enemigo sino algo más importante, una conversión, la de los soldados que confraternizan con el pueblo.

Louise Michel, la mujer que por vez primera había enarbolado la bandera negra popularizándola como emblema de la Comuna, la indoblegable activista que semanas después, en la derrota de París, sería detenida, encarcelada y más tarde deportada. La mujer forzosamente errante que en su periplo por el exilio y de vuelta en Francia, se hace anarquista y desarrolla una intensa carrera como escritora, educadora, organizadora... En un poema dedicado a su amiga Louise, Víctor Hugo habló de “la amarga ternura que duerme bajo tu cólera”. Como la “ronca y grácil musa del pobre”, la vio Paul Verlaine. Conocida como *La vierge rouge* y como *La bone Louise*, ocupa la portada de este libro: ¡Salud camarada!

Los soldados que dimiten o se insubordinan para sumarse a los rebeldes, son de algún modo el emblema de la revolución. Éste es el caso de Nathaniel Louis Rosell, militar de carrera que dándole la espalda al ejército de Thiers se adhiere a la Comuna y por un tiempo dirige la resistencia. Al llegar a París, después de su renuncia, Rosell manifiesta: “Me uno al partido que no ha firmado la paz y que no cuenta en sus filas a generales culpables de capitulación”. Y más tarde, cuestionado sobre sus credenciales revolucionarias, declara:

No pretendo haber estudiado profundamente las reformas sociales; pero durante la última guerra no pude evitar ver

⁵⁹ Ibidem

que la vieja Francia se moría. Vi y maldije la incapacidad de los jefes militares; también pude comprobar que un orden social inicuo agonizaba y comencé a odiar esta sociedad que acaba ahora de entregar cobardemente a nuestro país.

El odio hacia quienes entregaron mi patria, el odio al viejo sistema social, es lo que me ha impulsado a alistarme bajo las banderas de los obreros de París.

No se cómo será el nuevo orden socialista; tengo, sin embargo, confianza en él; siempre será mejor que el que ahora tenemos⁶⁰.

Motivos experienciales y nada doctrinarios, que de una u otra forma compartió la gran mayoría de los insurrectos parisinos.

*

No puedo concluir este montaje de testimonios sin dar fe de la derrota. Una sangrienta debacle que ocurre en las amadas barricadas; entrañables monumentos a la revolución frente a los que la gente gusta de fotografiarse y que se extienden por los grandes bulevares alcanzando a veces los tres metros de altura. Así lo reconstruye Benjamin, con base en testimonios: En el final de la Comuna, el proletariado fue a refugiarse, a tientas, tras las barricadas, como un animal herido de muerte a su madriguera. Los trabajadores, formados en las luchas de barricadas, no eran favorables a la batalla abierta que hubiera debido bloquear a Thiers; esto también contribuyó a su derrota. Como declara uno de ellos [Georges Laronze, autor de *Histoire de la Commune de 1871*], los trabajadores preferían “en lugar del encuentro en campo abierto, la batalla en el propio *quartier*... Y, así de-

⁶⁰ Ollivier, op cit, p 223, 224.

bía ser, la muerte tras los adoquines apilados de una barricada en una calle de París”⁶¹.

Se dice que los vencidos hacen la historia y un ejemplo de ello es la Comuna de París. Pero no solamente *a posteriori* se reivindica a los vencidos en ensayos sociológicos, también lo hacen en el campo de batalla los propios luchadores cuando ven llegar los heraldos negros.

Suceda lo que suceda —escribe Vallès—.Y aunque debiéramos ser vencidos nuevamente y morir mañana, nuestra generación estará satisfecha. Hemos sido recompensados por veinte años de derrotas y angustias. ¡Abrázame camarada que tienes como yo el pelo gris!... ¡Se acabó! ⁶².

A continuación el director de *Le Cri du Peuple* narra su última conversación con Eugene Varlin, el encuadernador y militante de la Internacional que horas más tarde será ejecutado.

Estuvimos juntos el primer día de la semana. El cielo era azul, el sol brillaba, el pueblo estaba por todos lados en armas y los adoquines se apilaban como montones de naranjas. [...]

Hoy llueve. El lugar donde se encuentran los últimos reducidos del París vencido esta socavado y lleno de barro que nuestros zapatos cubiertos de sangre manchan de rojo.

[...]

Varlin está pálido, con los ojos hundidos y los labios temblorosos. Pero conserva su sangre fría y su coraje [...] Charlamos, como se hace en las horas más trascendentales.

⁶¹ Benjamin, *El París...* op cit, p 73.

⁶² Citado en *ibid*, p 170.

Está con nosotros un hombre, un viejo de barba blanca y ojos claros que la cólera ha vuelto loco. Le han matado a su hijo y a su hijita de ocho años. Escupe contra el cielo y contra Versalles con gritos llenos de lágrimas.

—Y todavía se tratará al pueblo de malvado. Y a nosotros nos llamarán bandidos.

—Sí, —dice Varlin— seremos despedazados vivos. Muertos seremos arrastrados por el barro. Mataron a los combatientes y matarán a los prisioneros y acabarán con los heridos. Los que queden irán a pudrirse en la cárcel... Pero la historia terminará por ver claro y dirá que hemos salvado la República.

Y Varlin morirá. Lo despedazarán vivo dos días después⁶³.

Tiene razón el aguerrido encuadernador, él y los demás fulgurantes comuneros de París salvaron a la República. Los de Versalles derrotaron con las armas y masacraron a los rebeldes, pero a la postre perdieron la batalla por la historia. La derecha vencedora en los combates no triunfa del todo, porque:

la lucha de París les ha hecho ver el abismo —escribe Lissagaray— La gran barricada de París, los millares de federados [han muerto] por la Francia republicana [...] Tres meses después [de la masacre] el París aplastado hace retroceder a los realistas, la Francia republicana ha podido rehacerse contra ellos⁶⁴.

Y es que en las elecciones de julio realizadas para llenar los vacíos legislativos, se vota mayormente a diputados republicanos, y la renovada Asamblea Nacional hace trastabillar a Thiers. Finalmente en 25 de febrero de 1875 se proclamará formalmente la República. “Esta República aclamada por Francia entera —escribe Lissagaray— tuvo que ser pagada

⁶³ Ibid, p 183, 184

⁶⁴ Lissagaray, op cit, p 498, 499.

con el aplastamiento de París, cien mil existencias y cuatro años de persecuciones”⁶⁵. Y concluye: “El pueblo, aunque sin historia, sentía por instinto que aquel movimiento era suyo, y no dejaba de manifestarse a favor de los vencidos”⁶⁶.

Desde la cárcel, escribe Louise Michel la *Canción de las prisiones*:

La Comuna resurgirá.
Volveremos multitud sin número,
vendremos por todos los caminos
espectros vengadores surgiendo de las sombras.
Vendremos estrechándonos las manos⁶⁷.

Las batallas que los alzados parisinos ganaron aun después de muertos, no fueron sólo francesas sino mundiales. La Comuna sacudió todos los paradigmas sociológicos y aún hoy sigue sacando de quicio nuestras ideas sobre el Estado. “No se trata tan sólo de que sueñen —escribe Gascar— sino de que los comuneros, desde hace cien años siguen soñando”⁶⁸.

*

Como toda auténtica experiencia desnuda, el estallido galo es un acontecimiento polisémico que se vivió de muchos modos. En *Las convulsiones de París*, el extraordinario fotógrafo Máxime Du Camp, dice que la Comuna fue: un acceso de epilepsia moral; una sangrienta bacanal; un libertinaje de petróleo y aguardiente; una orgía, una inundación de violencias, de borracheras que hacían de la capital de Francia un pantano de los más abyectos; un caso análogo al

⁶⁵ Ibid, p 502.

⁶⁶ Ibid, p 516.

⁶⁷ Michel, op cit, p 21.

⁶⁸ Gascar, op cit, p 68.

histerismo, a las epidemias del baile de San Vito, a los peñidos de la Edad Media...⁶⁹.

George Sand (Aurore Dupin) se había radicalizado políticamente durante los sucesos de 1848, pero para 1871 ya era conservadora. “Se conoce a los verdaderos amigos del progreso —escribe— por la indignación que muestran contra los infames innovadores de *‘la commune’*”⁷⁰.

Edmond About, escritor anti clerical, se hace eco de una leyenda urbana que entonces se difundió: que grupos de mujeres borrachas llamadas las *‘petroleuses’* pretendían quemar la ciudad. Y por ello el novelista justifica la masacre: “Tenían que matar a muchas mujeres que habían echado petróleo en los sótanos de las casas, prendiéndoles fuego después”⁷¹.

A la derrota de la Comuna, que deja más de 20 mil muertos y una ciudad destruida, un cura exclama: “¡Es la victoria de Dios! ¡El ejército ha hecho la obra de Dios! ¡Ha conquistado París para la religión!”⁷²

No es sólo conservadurismo. Es que los sucesos de 1871 se experimentaron de muchas maneras y, sobre todo al final, los comuneros cometieron excesos. El primero de mayo, puesta a la defensiva, la Comuna que había sido generosa en sus primeros días, nombra un Comité de Seguridad Pública, inspirado en el de Robespierre, y desde entonces se toman y ejecutan rehenes.

Y los últimos días, los de la “semana sangrienta”, son jornadas de barbarie.

⁶⁹ Citado en Lissagaray, op cit, p 513.

⁷⁰ Citado en Brogan, op cit, p 96

⁷¹ Ibid, p 95.

⁷² Ibidem.

Vaya primero un ejemplo menor (salvo para las víctimas): si te parecías remotamente a Vallès o a Varlin, los de Versalles te fusilaban. Por si acaso.

Verdadero o falso un episodio documenta lo que se vivió. En la Place Vendôme, rebautizada por los comuneros Plaza Internacional, estaba el Ministerio de Justicia donde un viejo luchador había conseguido empleo como conserje. Cuando en su progresiva ocupación de París las tropas de Versalles llegan a la plaza, “un artillero que necesitaba una palanca para las ruedas de su cañón demanda: `¡Haced rodar al viejo, al veterano del 48, que con esto bastará!’ Montado sobre el cuerpo, el cañón bombardeó las barricadas”⁷³.

Si la experiencia revolucionaria de la Comuna triunfante se expresó en escenas de júbilo y desbordante alegría, los bombardeos, la ciudad en llamas y los miles de muertos que acompañan a la derrota se traducen en desesperación, impotencia, cólera. El pueblo quema la casa de Thiers, derriba la columna Vendôme, toma rehenes...

Y es que a veces las vivencias extremas, las experiencias desnudas no iluminan nuevas y esperanzadoras posibilidades, sino la ausencia total de posibilidades. No el ser sino la nada. Los relatos de los airados comuneros en derrota son terribles, no tanto por los hechos que describen como por los abismales sentimientos que traslucen.

Thiers tenía presos políticos, como Blanqui, quien había sido capturado en vísperas de la Comuna, y los parisinos toman rehenes para canjearlos. Pero Versalles no negocia y los rehenes parisinos, entre ellos el arzobispo de París, son trasladados a la Roquette, lejos del avance enemigo. Ahí, en medio de gritos pidiendo sangre, son fusilados. Cuenta un testigo:

⁷³ Ibid, p 91

Era un espectáculo magnífico; aquellos traidores tendidos en el suelo le hacían sentir a uno la fuerza de la revolución; uno sentía que estábamos ya perdidos; queríamos morir cuando llegara nuestra vez, pero para vengarnos por anticipado mirábamos a los enemigos muertos y nos sentíamos consolados...⁷⁴

*

Quienes se aferran a los viejos paradigmas ven a los verdaderos acontecimientos, a las experiencias colectivas puras y trascendentales como perversas anomalías. Así para los conservadores como Du Camp las revoluciones son aquellarras, bacanales, odiosas aberraciones... En cambio, pese a sus reservas, Marx se entusiasma con la Comuna a la que llama “la locura heroica de París”. Y redondea su comentario con una sugerente observación “¡Todo era tan intensamente histórico!”

“Tan *intensamente* histórico”. Noventa y siete años después empecé citando precisamente esta frase, un libro titulado *La revolución de mayo en Francia*⁷⁵, que por razones de prudencia y clandestinidad apareció sin mi firma durante el

68 mexicano. Desde entonces ha transcurrido otro medio siglo y sigo pensando que, como observaba Marx teniendo en mente a la Comuna, la historia tiene efectivamente diferentes intensidades y sólo se hace realmente en los momentos excepcionales, en los momentos de quiebre ontológico, en los momentos de locura... Momentos que son, como el dios de Aristóteles y de Santo Tomás, una causa sin causa, un motor inmóvil.

⁷⁴ Ibid, p 94.

⁷⁵ Liga Comunista Espartaco, *La revolución de mayo en Francia. Una interpretación marxista*, Ediciones Militante, México, 1968, p 5.

Pierre Gascar es de los que ven a la Comuna de París como una experiencia desnuda. De sus protagonistas dice que “es como si poseyeran una inspiración mesiánica”, de modo que más que en el cálculo político las acciones se sustentan en “alegorías, visiones...”⁷⁶ “Mucha gente ama la revolución, no porque estén contra el orden existente (que efectivamente están) sino porque [...] la revolución no es lo real; es por definición transitoria, proyectiva y lleva en sí lo que todavía no existe.”⁷⁷

Y más que detenerse en efectos históricamente rastreables —que como hemos visto la Comuna los tuvo— el francés destaca lo que hubo en ella de ruptura, interrupción, cambio de vía. “El milagro que representa esta insurrección, esta explosión de fraternidad [...] es algo que modifica para siempre nuestra sensibilidad, nuestra consciencia, nos une a la familia humana por lazos de los que ya no podemos nunca deshacernos, incluso en la soledad y a veces en la negación”. Y aquí Gascar está pensando en los dos tiempos de Rimbaud: sus años locos de poeta y sus años turbios de empresario, traficante y quizá negrero...

ILUMINACIONES

Hijo de una disfuncional familia provinciana de origen campesino cuyo reciente ascenso a la clase media había vuelto claustrofóbica y conservadora, Arturo es un niño solitario y sin amigos al que sus compañeros llaman “el cochino santurrón”. De él un profesor recuerda “sus uñas siempre limpias, cuadernos sin borrones, tareas asombrosamente correctas y buenas calificaciones; en resumen uno

⁷⁶ Gascar, op cit, p 74.

⁷⁷ Ibid, p 85.

de esos pequeños monstruos ejemplares que encarnan la figura del *nerd*⁷⁸.

Un día, a los 16 años, Arturo se rebela contra la familia, la escuela, la provincia... y convocado por un amigo mayor algo *gay* que escribe poemas, se marcha a la capital. En la gran ciudad, de la que en un verso menciona “sus humos y sus ruidos laborales”⁷⁹, el reprimido se destrampa: cultiva una larga melena, viste ropa estafalaria, fuma pipa con la cazuela hacia abajo y un día sí y otro también se pone hasta atrás con su amigo Pablo.

Al año siguiente se desencadena ahí un movimiento popular tan confuso como radical, una revolución sin vanguardia ni estructura pero vehemente y apasionada, una “fiesta de la imaginación” que sacude profundamente al joven provinciano.

Se imagina sin esfuerzo el milagro que representa esta insurrección, esta explosión de fraternidad para un joven sometido a la opresión materna, religiosa, escolar —escribe Pierre Gascar—. Vivir joven una revolución, un gran alzamiento popular, es algo que modifica para siempre nuestra sensibilidad, nuestra conciencia, nos une a la familia humana por lazos de los que no podremos nunca deshacernos, incluso en la soledad y a veces hasta en la negación⁸⁰.

El joven es Rimbaud, el alzamiento es la Comuna de París de 1871 y el resultado de la conjunción será una obra literaria provocadora y esplendente de la que forman parte poemas y prosas poéticas como los agrupados en *Iluminaciones* y *Una temporada en el infierno*. Años después André Breton ubicará el aporte de Rimbaud junto al del otro gran crítico de la modernidad:

⁷⁸ Citado por Gascar, en *op cit*, p. 27.

⁷⁹ Rimbaud, *op cit*, p. 67.

⁸⁰ Gascar, *op cit*, p. 91.

Transformar el mundo, dijo Marx.

Cambiar la vida, dijo Rimbaud.

Estas consignas son para nosotros una sola⁸¹.

En septiembre de 1870, poco antes de destripar del colegio, dejar a su madre e irse a París con Paul Verlaine, el casi niño Arthur Rimbaud escribía:

Con diecisiete años no puedes ser formal.

¡Una tarde, te asqueas de jarra y limonada,

de los cafés ruidosos con lustros deslumbrantes! Y te vas por los tilos verdes de la alameda⁸².

En carta a un amigo, Rimbaud confiesa su íntima desazón: “Estas locas cóleras me llevan hacia la batalla de París, donde tantos trabajadores mueren mientras yo estoy escribiendo”⁸³.

Años después recordaría:

¿No transité una vez una juventud amable, heroica, fabulosa?

[]

¿Cuándo iremos, más allá de la playas y los montes, a saludar el nacimiento del trabajo nuevo, de la sagacidad nueva, la huida de los tiranos y los demonios, el fin de la superstición, a adorar —¡los primeros!— la Navidad sobre la tierra?

⁸¹ Citado en *ibid* p. 7.

⁸² A. Rimbaud. *Una temporada en el infierno y otros poemas*, Editorial Tomo, México, 2003, p. 141.

⁸³ Citado en Pierre Gascar, *ibid*, p 44.

¡El canto de los cielos, la marcha de los pueblos! Esclavos,
no maldigamos la vida⁸⁴.

El único poema que Rimbaud escribe durante los días luminosos de la Comuna es *Canto de guerra parisino*

La primavera ya llegó:
del fondo de las fincas verdes, el vuelo de Thiers y Picard,
desplegado, su esplendor teje.

¡Culos desnudos, locos! ¡Mayo! Escuchad, pues, cómo nos
siembran Sèvres, Menton, Bagneux y Asnières estas flores
de primavera.

Tienen shakó, sable y tantán;
dejaron los viejos velones;
y las canoas que jam...jam...jam...
los lagos con sangre recorren.

De juerga, más que nunca, estamos cuando por nuestras
madrigueras caen los rubios cabujones que alumbran auro-
ras secretas.

Thiers y Picard son unos Eros raptores de heliotropos
que pintan Corots a bombazos:
ya llegan zumbando sus tropos.

Tumbado entre gladiolos, Favre parpadea cual acueducto
con gemidos a la pimienta...
¡Son amigotes del gran truco!

La gran ciudad arde, a pesar
de vuestras duchas de petróleo:
será preciso que os vayáis

⁸⁴ Rimbaud, op cit, p. 43.

para que empiece otro episodio. [...] ⁸⁵

Tras de la caída de París, Rimbaud escribe un réquiem lúgubre: *La orgía*, del que tomo un fragmento:

Después de haber bailado con furia en las tormentas, París, tras recibir tan numerosos tajos, yaces ahora guardando en tus pupilas luminosas la dicha de un renacer salvaje.

¡Oh ciudad dolorida, oh ciudad casi muerta!, con tu rostro y tus pechos de cara al futuro, ofrecida a la noche de mil puertas vacías [...] ⁸⁶

*

Víctor Hugo había sido obligado a exiliarse tras el golpe de Napoleón III y cuando regresa a su patria, a la caída del Imperio, los franceses lo vitorean en las paradas del tren que lo trae de Bruselas. A pesar de sus críticas a la ejecución de rehenes durante los últimos días (“no quiero ni el crimen rojo ni el crimen blanco”, escribe en sus diarios), el autor de *Los miserables* es el emblema literario de la revolución.

Pero, reconociéndolo, Benjamin no lo quiere demasiado, pues “en Hugo la muchedumbre entra a la poesía como objeto de contemplación” ⁸⁷, en cambio su estimado Baudelaire había sido un “*flâneur* en la muchedumbre”, que se dejaba impregnar por el alma del pueblo.

⁸⁵ Rimbaud, *Una temporada...* op cit, p 158, 159. Adolphe Thiers fue presidente provisional de la Tercera república, de la que Ernest Picard fue ministro de Finanzas y del Interior y Jules Fevre Vicepresidente y ministro de Relaciones exteriores encargado de negociar la infausta paz con Prusia. Camille Corot fue un connotado pintor paisajista. Sèvres, Menton, Baneux y Asnières son localidades próximas a París. Shako es el gorro militar que empleaban los húsares.

⁸⁶ Ibid, p 173.

⁸⁷ Benjamin, *El París...* op cit, p 130.

El hecho es que Hugo es quizá el primer escritor realmente popular de la historia y —como tenía que ser en los años de la “primavera de los pueblos”— lo es entre otras cosas por sus ideas progresistas, mientras que Baudelaire —aunque exaltado por los surrealistas— nunca tuvo un público masivo. Y es que los multitudinarios neoelectores ciudadanos que son los que se aficionan al folletín, están hechos a cuentos de viejas, anécdotas de taberna y cotilleos de mercado de modo que agradecen los personajes grotescos, el patetismo y la laberíntica truculencia del autor de *El jorobado de Nuestra Señora de París* y de *El hombre que ríe*.

Si confrontamos a Hugo, no con Baudelaire como lo hace Benjamin, sino con Rimbaud, tendremos de un lado a un caudaloso literato que habla del pueblo como quien habla de una tempestad, y de otro a un chavo de conducta inconveniente al que la insurrección parisina saca de quicio volviéndolo un iluminado, un profeta de la experiencia desnuda.

Y es que la Comuna de París transforma al joven poeta provinciano en un “vidente”. Al tiempo que escribe *Canto de guerra parisino*, Rimbaud redacta una “prosa sobre el porvenir de la poesía”, en la que apuesta por la locura, por la total apertura de la conciencia, por el abandono de todo saber adquirido y de todo comportamiento inerte.

“Porque yo es otro [...] Si los viejos imbéciles no hubieran encontrado del yo sino la significación falsa, no tendríamos que barrer estos millones de esqueletos”⁸⁸, sostiene desmarcándose del cartesianismo. Y más tarde, en *Mala sangre*, parte del libro *Una temporada en el infierno*, escribirá: “no soy prisionero de mi razón”.

Pero la videncia es práctica. La intuición vidente convoca acciones verdaderas como las del París de la Comuna. “Pa-

⁸⁸ Arthur Rimbaud, *Una temporada en el infierno*, Ediciones Coyoacán, México, 1994, p 103.

ra Rimbaud, escribe Gascar, el papel de la poesía es preparar el terreno para el acontecimiento”.

He dicho antes que las experiencias desnudas simplemente ocurren y no se pueden convocar. Lo que no significa que al aguzar la sensibilidad y despojarnos de presunciones inertes, la poesía no pueda “preparar el terreno” para la iluminación, para la videncia. Para la videncia y sus secuelas prácticas.

Digo que es preciso ser vidente, hacerse vidente. Porque el vidente llega a lo desconocido. Llega a lo desconocido y cuando —loco— termina por ya no comprender sus visiones. No importa ¡él las ha visto!

Que reviente en su salto por cosas inauditas e innombrables. Vendrán después otros terribles trabajadores. Ellos comenzarán por los horizontes en los que el vidente se ha desplomado⁸⁹.

Otros vendrán y le pondrán nombre a lo innombrable, otros llevarán al mundo prosaico las intuiciones emanadas de la fugaz experiencia desnuda. La tarea del poeta es vislumbrarlas. La tarea del poeta es iluminar, sólo iluminar.

Dice Gascar: “En el siglo XIX una especie de mesianismo revolucionario se adelanta a la predicción marxista que se basa en el análisis científico. Sucede en varias ocasiones y, sobre todo, en la época de la Comuna, que ambos se entrelazan o se confunden”⁹⁰.

⁸⁹ Ibid, p 103.

⁹⁰ Gascar, op cit, p 54.

Armando Bartra

Tiene estudios en Filosofía por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Fue profesor en la Facultad de Economía, UNAM, de 1973 a 1980; en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, de 1977 a 1982; y en la Maestría en Antropología Social, de 1990 a 1994.

Fue Director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya, A.C., de 1983 a 2007. Actualmente es profesor investigador en la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco, en la Licenciatura en Sociología y el Posgrado en Desarrollo Rural. En 2011, recibió el doctorado honoris causa de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina.

Es autor de 30 libros aproximadamente y cerca de 300 artículos periodísticos, de análisis y divulgación. Entre sus libros más recientes se encuentran: *El hombre de hierro* (2a. edic., UACM / UAM / Ítaca 2014) *Hambre/Carnaval. Dos miradas a la crisis de la modernidad* (UAM-Xochimilco, México, 2013), *Campesindios. Aproximaciones a los campesinos de un continente colonizado* (Bolivia, CIDES-Universidad Mayor de San Andrés, 2010); *Tomarse la libertad. La dialéctica en cuestión* (Ítaca, México, 2010); *El capital en su laberinto. De la renta de la tierra a la renta de la vida* (Ítaca/ UACM, 2006).

Publicaciones de Para Leer en Libertad AC:

1. **Para Leer en Libertad.** Antología literaria.
2. **El cura Hidalgo,** de Paco Ignacio Taibo II.
3. **Jesús María Rangel y el magonismo armado,** de José C. Valadés.
4. **Se llamaba Emiliano,** de Juan Hernández Luna.
5. **Las Leyes de Reforma,** de Pedro Salmerón.
6. **San Ecatepec de los obreros,** de Jorge Belarmino Fernández.
7. **La educación francesa se disputa en las calles,** de Santiago Flores.
8. **Librado Rivera,** de Paco Ignacio Taibo II.
9. **Zapatismo con vista al mar: El socialismo maya de Yucatán,** de Armando Bartra.
10. **La lucha contra los gringos: 1847,** de Jorge Belarmino Fernández.
11. **Ciudad quebrada,** de Humberto Musacchio.
12. **Testimonios del 68.** Antología literaria.
13. **De los cuates pa' la raza.** Antología literaria.
14. **Pancho Villa en Torreón,** de Paco Ignacio Taibo II y John Reed.
15. **Villa y Zapata,** de Paco Ignacio Taibo II, John Reed y Francisco Pineda.
16. **Sembrar las armas: la vida de Rubén Jaramillo,** de Fritz Glockner.
17. **La oveja negra,** de Armando Bartra.
18. **El principio,** de Francisco Pérez Arce.
19. **Hijos del águila,** de Gerardo de la Torre.
20. **Morelos. El machete de la Nación,** de Vicente Riva Palacio, Eduardo E. Zárate, Ezequiel A. Chávez y Guillermo Prieto.
21. **No hay virtud en el servilismo,** de Juan Hernández Luna.
22. **Con el mar por medio. Antología de poesía del exilio español,** de Paco Ignacio Taibo I.
23. **Con el puño en alto,** de Mario Gill, José Revueltas, Mario Núñez y Paco Ignacio Taibo II.
23. **El viento me pertenece un poco (poemario),** de Enrique González Rojo.

24. **Cero en conducta. Crónicas de la resistencia magisterial**, de Luis Hernández Navarro.
25. **Las dos muertes de Juan Escudero**, de Paco Ignacio Taibo II.
26. **Y si todo cambiara... Antología de ciencia ficción y fantasía**. Varios autores.
27. **Con el puño en alto 2. Crónicas de movimientos sindicales en México**. Antología literaria.
28. **De los cuates pa' la raza 2**. Antología literaria.
29. **El exilio rojo**. Antología literaria.
30. **Siembra de concreto, cosecha de ira**, de Luis Hernández Navarro.
31. **El Retorno**, de Roberto Rico Ramírez.
32. **Irapuato mi amor**, de Paco Ignacio Taibo II.
33. **López Obrador: los comienzos**, de Paco Ignacio Taibo II.
34. **Tiempo de ladrones: la historia de Chucho el Roto**, de Emilio Carballido.
35. **Carrillo Puerto, Escudero y Proal. Yucatán, Acapulco y Guerrero. Tres grandes luchas de los años 20**, de Mario Gill.
36. **¿Por qué votar por AMLO?**, de Guillermo Zamora.
37. **El desafuero: la gran ignominia**, de Héctor Díaz Polanco.
38. **Las muertes de Aurora**, de Gerardo de la Torre.
39. **Si Villa viviera con López anduviera**, de Paco Ignacio Taibo II.
40. **Emiliano y Pancho**, de Pedro Salmerón.
41. **La chispa**, de Pedro Moctezuma.
42. **Para Leer en Libertad en la Cuauhtémoc**. Antología literaria.
43. **El bardo y el bandolero**, de Jacinto Barrera Bassols.
44. **Historia de una huelga**, de Francisco Pérez Arce.
45. **Hablar en tiempos oscuros**, de Bertold Brecht.
46. **Fraude 2012**. Antología varios autores.
47. **Inquilinos del DF**, de Paco Ignacio Taibo II.
48. **Folleto contra la Reforma Laboral**, de Jorge Fernández Souza.
49. **México indómito**, de Fabrizio Mejía Madrid.
50. **68: Gesta, fiesta y protesta**, de Humberto Musacchio.
51. **Un pulso que golpea las tinieblas. Una antología de poesía para resistentes**. Varios autores.
52. **1968. El mayo de la revolución**, de Armando Bartra.

53. **3 años leyendo en libertad.** Antología literaria.
54. **El viejo y el horno,** de Eduardo Heras León.
55. **El mundo en los ojos de un ciego,** de Paco Ignacio Taibo II.
56. **Más libros, más libres,** de Huidobro (no descargable).
57. **No habrá recreo, (Contra-reforma constitucional y desobediencia magisterial),** de Luis Hernández Navarro.
59. **Sin novedad en el frente,** de Erich Maria Remarque.
60. **Azcapotzalco 1821. La última batalla de una independencia fallida,** de Jorge Belarmino Fernández.
61. **Los brazos de Morelos,** de Francisco González.
62. **La revolución de los pintos,** de Jorge Belarmino Fernández.
63. **Camilo Cienfuegos: el hombre de mil anécdotas,** de Guillermo Cabrera Álvarez.
64. **En recuerdo de Nezahualcóyotl,** de Marco Antonio Campos.
65. **Piedras rodantes,** de Jorge F. Hernández.
66. **Socialismo libertario mexicano (Siglo XIX),** de José C. Valadés.
67. **El gran fracaso. Las cifras del desastre neoliberal mexicano,** de Martí Batres.
68. **Rebeliones,** de Enrique Dussel y Fabrizio Mejía Madrid.
69. **Para Leer en Libertad FIL Zócalo 2013.** Antología literaria.
70. **Un transporte de aventuras. El Metro a través de la mirada de los niños.** Antología.
71. **Padrecito Stalin no vuelvas.** Antología.
72. **En un descuido de lo imposible,** de Enrique González Rojo.
73. **Tierra Negra.** Cómic (no descargable).
74. **Memorias Chilenas 1973,** de Marc Cooper.
75. **Ese cáncer que llamamos crimen organizado.** Antología de relatos sobre el narcotráfico. Varios autores.
76. **Lázaro Cárdenas: el poder moral,** de José C. Valadés.
77. **Canek,** de Emilo Abreu.
78. **La línea dura,** de Gerardo de la Torre.
79. **San Isidro futbol,** de Pino Cacucci.
80. **Niña Mar,** de Francisco Haghgenbeck y Tony Sandoval.
81. **Otras historias.** Antología.
82. **Tierra de Coyote.** Antología.

83. **El muro y el machete**, de Paco Ignacio Taibo II.
84. **Antología Literaria 2da feria en Neza**. Varios autores.
85. **Cien preguntas sobre la Revolución Mexicana**, de Pedro Salmerón.
86. **Larisa, la mejor periodista roja del Siglo XX**, de Paco Ignacio Taibo II.
87. **Topolobampo**, de José C. Valadés.
89. **De golpe**. Antología.
90. **Sobre la luz. Poesía militante**, de Óscar de Pablo.
91. **Hermanos en armas. La hora de las policías comunitarias y las autodefensas**, de Luis Hernández Navarro.
92. **Teresa Urrea. La Santa de Cabora**, de Mario Gill.
93. **Memorias de Zapatilla**, de Guillermo Prieto.
94. **Práxedes Guerrero y la otra Revolución posible**, de Jesús Vargas Valdés.
95. **La correspondencia entre Benito Juárez y Margarita Maza**, de Patricia Galeana.
96. **Espartaco**, de Howard Fast.
97. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 1)**. Antología literaria.
98. **Para Leer de Boleto en el Metro (Segunda temporada 2)**. Antología literaria.
99. **Los hombres de Panfilov**, de Alejandro Bek.
100. **Diez días que conmovieron al mundo**, de John Reed.
101. **Vietnam heroica**. Varios autores.
102. **Operación masacre**, de Rodolfo Walsh (no descargable).
103. **Cananea**, de Arturo Cano.
104. **Guerrero bronco**, de Armando Bartra.
105. **Misterios de seis a doce**, de Rebeca Murga y Lorenzo Lunar.
106. **La descendencia del mayor Julio Novoa**, de Gerardo de la Torre.
107. **Otras miradas**. Varios autores.
108. **Relatos de impunidad**, de Lorena Amkie.
109. **No sabe a mermelada**, de Carlos Ímaz.
110. **Conflicto en cuatro actos, el movimiento médico México 1964-1965**, de Ricardo Pozas Horcasitas.
111. **Ciudad Cenzontle**, de José Alfonso Suárez del Real.

112. **Regalos obscenos, lo que no pudo esconder el pacto contra México.** Varios autores.
113. **Con el corazón en su sitio. La historia de los hermanos Cerezo,** de los Hermanos Cerezo.
114. **El pueblo es inmortal,** de Vassili Grossman.
115. **Dos historias,** de Horacio Altuna (no descargable)
116. **Tierra negra 2.** Cómic (no descargable).
117. **El estilo Holtz,** de Paco Ignacio Taibo II.
118. **Julio César Mondragón.** Varios autores.
119. **Abrapalabra,** de Luis Britto.
120. **Los 43 de Ayotzinapa,** de Federico Mastrogiovanni.
121. **Anticipaciones: una mirada al futuro de Nuestramérica,** de Armando Bartra.
122. **Asesinato en la Cuesta de los millonarios,** de Gisbert Haefs.
123. **Terraza Marlowe,** de Bruno Arpaia.
124. **Juárez. La rebelión interminable,** de Pedro Salmerón.
125. **La gran marcha. Reminiscencias.** Varios autores.
126. **Taxco en lucha,** de Aarón Álvarez.
127. **El capitán sangrefría,** de Óscar de Pablo.
128. **Norman Bethune,** de Eduardo Monteverde.
129. **El poeta cautivo,** de Alfonso Mateo-Sagasta.
130. **El hombre de la leica,** de Fermín Goñi.
131. **La balada de Chicago,** de Hans Magnus Enzensberger.
132. **Defendiendo derechos y libertades de los y las capitalinas,** de José Alfonso Suárez del Real.
133. **Las ratas invaden la escena del cuádruple crimen,** de Javier Sinay.
134. **La marca del Zorro,** de Sergio Ramírez.
135. **¿Qué hay que saber sobre la Reforma Educativa?**
136. **La novena ola magisterial,** de Luis H. Navarro.
137. **Banana Gold,** de Carleton Beals.
138. **Libertad es osadía,** de Leonel Manzano.
139. **La jungla,** de Upton Sinclair.
140. **La huelga que vivimos,** de Francisco P. Arce.
141. **Un dólar al día,** de Giovanni Porzio.
142. **Queremos todo,** de Nanni Balestrini.

143. **Pinturas de guerra**, de Ángel de la Calle.
144. **La cara oculta del Vaticano**, de Sanjuana Martínez.
145. **Milpas de la ira**, de Armando Bartra.
146. **Una latinoamericana forma de morir**. Varios autores.
147. **Una antología levemente odiosa**, de Roque Dalton.
148. **Pesadilla de último momento**, de Aarón Álvarez.
149. **CEU**, de Martí Batres.
150. **Un corresponsal de guerra mexicano**, de Guillermo Zamora.
151. **Herón Proal**, de Paco Ignacio Taibo II.
152. **Manifiesto comunista**, de Enrique González Rojo.
153. **Más REVUELTAS. Cinco aproximaciones a la vida de Pepe**. Varios autores.
154. **Lo que no fue**, de Kike Ferrari.
155. **Damas del tiempo**, de Pedro Miguel.
156. **Mis gloriosos hermanos**, de Howard Fast.
157. **Iván**, de Vladimir Bogomolov.
158. **Antología cuentos**, de Raúl Argemí.
159. **Benita**, de Benita Galeana.
160. **Antología de cuentos**, de Juan Miguel Aguilera y Luis Britto.
161. **La ciudad, la otra** de Raúl Bautista González, Súper Barrio.
162. **La otra revolución rusa, populismo y marxismo en las revueltas campesinas de los siglos XIX y XX**, de Lorena Paz Peredes.
163. **El mundo de Yarek**, de Elia Barceló.
164. **1905**, de León Trosky.
165. **Los once de la tribu**, de Juan Villoro.
166. **¿Qué hacer antes y después del sismo?**
167. **Romper el silencio**, varios autores.
168. **Break the silence**, varios autores.
169. **Caramba y zamba la cosa, el 68 vuelto a contar**, de Francisco Pérez Arce.
170. **Los que deben morir**, de F. Mond
171. **La muerte tiene permiso y más...**, de Edmundo Valadés.
172. **Para fechas vacías que veremos arder**, de Roberto Fernández Retamar.
173. **Allá en la nopalera**, de Carlos Ímaz.
174. **Historias sorprendentes**, varios autores.

- 175. La revolución magonista. Cronología narrativa,** de Armando Bartra y Jacinto Barrera.
- 175. Las bolcheviques,** de Óscar de Pablo.
- 176. Cartucho,** de Nellie Campobello.
- 177. Cuadernos desde la cárcel,** de Ho Chi Minh.
- 178. La Frontera,** de Patrick Bard.
- 179. La gran revolución** (tomo I) de Piotr Kropotkin.
- 180. La gran revolución** (tomo II) de Piotr Kropotkin.
- 181. Vidas exageradas,** de José Manuel Fajardo.
- 182. La comuna de París,** de Armando Bartra.
- 183. La desaparición de la nieve,** de Manuel Rivas.
- 184. El voto fue unánime: estábamos por la utopía. Memorias del 68,** de Tariq Ali.

Descarga todas nuestras publicaciones en:

www.brigadaparaleerenlibertad.com

@BRIGADACULTURAL